

DIVALDO FRANCO

pelo Espírito JOANNA DE ÂNGELIS



**ADOLESCÊNCIA
E VIDA**



Divaldo Franco

Por el Espíritu Joanna de Angelis

Adolescencia y Vida

Traducido por R Bertolini

Índice

Adolescencia y vida

Capítulo 1 Adolescencia. Fase de transición y de conflictos

Capítulo 2 El adolescente y su sexualidad

Capítulo 3 El adolescente y su proyecto de vida

Capítulo 4 El adolescente delante de la familia

Capítulo 5 El adolescente en la búsqueda de la identidad y del idealismo

Capítulo 6 El adolescente: posibilidad y límites

Capítulo 7 El adolescente, el amor y la pasión

Capítulo 8 El adolescente y el noviazgo

Capítulo 9 Lo que el adolescente espera de la sociedad y lo que la sociedad espera del adolescente

Capítulo 10 La violencia en el cuerpo y en la mente del adolescente

Capítulo 11 La vida social del adolescente

Capítulo 12 ¿Adolescencia, edad crítica? Crisis de identidad

Capítulo 13 Influencia de los medios en el proceso de identificación del adolescente

Capítulo 14 Relacionamientos del adolescente fuera del hogar

Capítulo 15 El ser y el tener en la adolescencia

Capítulo 16 Autorrealización del adolescente a través del amor

Capítulo 17 El reconocimiento del amar al prójimo en la adolescencia

Capítulo 18 El perdón en el proceso de evolución del adolescente

Capítulo 19 El adolescente y la religión

Capítulo 20 El adolescente y los fenómenos psíquicos

Capítulo 21 El embarazo en la adolescencia

Capítulo 22 El adolescente y los trastornos sexuales

Capítulo 23 El adolescente y el problema de las drogas

Capítulo 24 El adolescente y el peligro del SIDA

Capítulo 25 El adolescente y el suicidio

Adolescencia y vida

A medida que la Ciencia y la tecnología amplían sus horizontes del conocimiento humano, proporcionando comodidades y realizaciones edificantes que favorecen el desarrollo de la vida, va surgiendo audaces conceptos de comportamientos que pretenden dar un nuevo sentido a la existencia humana, consecuentemente derrapando en abusos intolerables que conspiran contra el desarrollo moral y ético de la sociedad.

En este sentido, las grandes víctimas de la ocurrencia son los jóvenes que, inmaduros, se dejan atraer por los disparates de las sensaciones primarias, comprometiendo la existencia planetaria, a veces, de forma irreversible.

Dominados por los impulsos naturales del desarrollo físico, antes del mismo fenómeno en el área emocional encuentran, en los derroches que se permiten, expresiones vigorosas de placer que los anestesian o los excitan hasta la extenuación, llevándolos al desequilibrio y al desespero. Cuando cansados o inquietos intentan huir de la situación, casi siempre yendo por el abuso del sexo y de las drogas, que se asocian al descalabro cruel, generando sufrimientos incalificables.

El único antídoto, pues, al mal que se agrava y se irradia en contagio pernicioso, es la educación. Consideremos, pues, la educación en su sentido global, aquella que va más allá de los compendios escolares, que reúne los valores éticos de la familia, de la sociedad y de la religión. No pues de una religión convencional, y si, que tenga fundamentos científicos y filosóficos existenciales sustentados en la moral vivida y enseñada por Jesús.

En este sentido, la preocupación del pensamiento espiritual es antigua, ya que el Eclesiastés preconiza, en su capítulo 11º, versículo 9: Alégrate, joven, en tu juventud, Y tome placer tu corazón en los días de tu juventud. Sigue los impulsos de tu corazón y el gusto de tus ojos; pero debes saber que, por todas estas cosas, Dios te traerá a juicio.

La advertencia saludable al joven es una invitación al comportamiento moral equilibrado, de forma que su juventud esté en alegría y pureza, a fin de evitar compromisos infelices.

Más adelante, en el capítulo 11º, versículo 10, vuelve al mismo libro advirtiendo: Por tanto, aparta de tu corazón la congoja y aleja el sufrimiento de tu cuerpo, porque la juventud y la primavera de la vida son vanidad.

Ciertamente vanos son los momentos de ilusión y engaño, muy comunes en el periodo juvenil, cuando los sueños y las aspiraciones se confunden con falsas necesidades de realización humana, que exige sacrificio, dedicación, estudio y comportamiento dignificante.

Siguiendo el mismo comportamiento, el Apóstol Pablo, escribiendo a Timoteo (1-4:12) propone: Que nadie te menosprecie por ser joven. Al contrario, que los creyentes vean en ti un ejemplo a seguir en la manera de hablar, en la conducta, y en amor, fe y pureza. De gran actualidad, la determinación de Pablo tiene carácter de terapia preventiva contra los males que hoy predominan en el organismo social, si consideramos que es

común notar la presencia del progreso en muchas ciudades, por el número y el lujo de los burdeles que se encuentran en el límite de su periferia urbana.

Se torna urgente el compromiso de un reestudio por parte de los padres y educadores en relación con la conducta moral que debe ser administrada a las generaciones nuevas, a fin de evitar la gran derrocada de la cultura y de la civilización, que se encuentran en el borde más sombrío de su historia.

Esa realización, que no puede tardar, es de vital importancia para la construcción de una nueva humanidad, partiendo del niño y del adolescente, antes que los compromisos de naturaleza moral negativa debiliten sus ideales de belleza y de significado que deben poseer con relación a la vida.

El estado de infancia y de juventud son relevantes para el Espíritu en crecimiento, razón por la cual, de entre los animales, el ser humano es el que la tiene más amplia, cuando se fijan sus caracteres, los hábitos y se trazan las posibilidades de enriquecimiento para el futuro.

El ser humano es esencialmente resultado de la educación, cargando los factores genéticos que lo componen como consecuencia de las experiencias anteriores, en reencarnaciones pasadas.

Modélalo siempre, teniendo en vista un patrón de equilibrio y de valor elevado, ofrécele el desarrollo de los valores que duermen latentes y se amplían posibilitando la conquista de la meta a que se destina, que es la perfección.

El niño y el adolescente, sin embargo, que se presentan ingenuos, puros, en la aceptación del desconocimiento de los errores, no siempre lo son en profundidad, ya que el Espíritu que en ellos habita es un viajante de largas jornadas, en sucesivas experiencias, en las cuales no siempre se libera con el valor que sería esperado, antes contrayendo débitos que deben ser resarcidos en la actual existencia. Debido a eso, se torna necesaria e indispensable la educación en su sentido más amplio y profundo, de manera que les sean lícitos la liberación de los vicios anteriores y la adquisición de nuevos valores que los equilibre, superándolos.

Cuidar de infundirles costumbres sanas desde los primeros días de la existencia física, ya que la tarea de la educación comienza en el instante de la vida extrauterina, y no más tarde, cuando el ser está habilitado para la instrucción. Para ese hermoso menester son indispensables el amor, el conocimiento y la disciplina, de manera que se les grave en lo fino las lecciones que los acompañarán para siempre.

*

Así pensando, estudiamos, en el pequeño libro que ahora presentamos al querido lector, varios temas relacionados con la adolescencia, a fin de contribuir de alguna forma con la palpitante cuestión que está desafiando a psicólogos, pedagogos, sociólogos, teólogos y principalmente a los padres en la manera de conducir a los jóvenes.

Tenemos consciencia que la nuestra es una colaboración modesta, sin embargo, deseamos colocar un grano de arena, humilde como es, en la gran educación de la sociedad del futuro, cuando habrá más justicia social y menos suma de atribulaciones

para la criatura humana que, en este momento, camina por los pies de la infancia y de la juventud.

Aracaju, 27 de marzo de 1997

Joanna de Ângelis

Adolescencia

Fase de transición y de conflictos

La adolescencia es el periodo propio del desarrollo físico y psicológico, que se inicia aproximadamente a los catorce años para los chicos y a los doce años para las chicas, prolongándose, hasta los veinte y dieciocho años, respetivamente, en los países de clima frío, siendo que en los trópicos hay una variación para más temprano. Es esa fase, hay un desarrollo de los órganos secundarios del sexo, dando surgimiento a los factores que favorecen la reproducción, como son el espermatozoide en el fluido seminal y la menstruación.

Los chicos experimentan alteraciones en la voz, mientras las chicas presentan un desarrollo de los huesos pelvis, de los senos, lo que ocurre con cierta rapidez, normalmente acompañados por el surgimiento de la afectividad, del interés sexual y de los conflictos en el área del comportamiento, como inseguridad, ansiedad, timidez, inestabilidad, angustia, facultando el espacio para desarrollo y definición de la personalidad, surgimiento de las tendencias y de las vocaciones.

Completando la reencarnación, el adolescente pasa a vivir la experiencia nueva, definiendo los rumbos del comportamiento que el tiempo madurará a través de la vivencia de los nuevos desafíos.

Inadaptado al nuevo medio social en el cual se moverá, sufre el conflicto de no ser más niño, encontrándose, sin embargo, sin estructura organizada para los juegos de la edad adulta. Es, por tanto, el periodo intermediario entre las dos fases importantes de la existencia terrena, que se encarga de preparar al ser para las actividades existenciales más profundas.

Inseguro, en cuanto a los rumbos del futuro, el joven enfrenta el mundo que le parece hostil, refugiándose en la timidez o expandiendo el temperamento, conforme sean las circunstancias en las cuales se presenten las propuestas de vida.

Las bases de sustentación familiar, religiosa y social, siente sus embates de los desafíos que enfrenta, pues relaciona todo cuanto aprendió con lo que encuentra por delante.

No poseyendo la madurez del discernimiento, y fascinado por las oportunidades encantadoras que le surgen de uno para otro momento, se tira con ansiedad a los placeres nuevos sin darse cuenta de los compromisos que pasa a firmar, entregándose a las sensaciones que toman todo su cuerpo. Otras veces, perjudicado por conflictos naturales que surgen de la incerteza de como comportarse, se refugia en el medio de asumir responsabilidades consecuentes de las actitudes y hace cuadros psicopatológicos, como depresión, melancolía, irritabilidad, escamoteando el miedo que lo asalta y lo intimida.

En los días actuales las libertades morales son muy agresivas, convidando al joven, aun inadecuado para los juegos veloces del placer, a las dificultades audaces en el área del sexo, que parece constituirle la meta prioritaria en que se enreda hasta el cansancio,

dando surgimiento al uso de recursos escapistas, que no atienden a las necesidades presentes, antes más lo perturban, comprometiéndolo de manera lamentable. En ese periodo, el cuerpo adolescente es un laboratorio de hormonas que trabajan en favor de las definiciones orgánicas, al tiempo en que el psiquismo se adapta a las nuevas formulaciones, pasando un periodo de ajuste que debe facultar la madurez de los valores éticos y de comportamiento.

Como es comprensible, la escala de valorización de la vida se modifica ante el mundo extraño y atrayente que él descubre, contestando todo cuando antes le constituía seguridad y estabilidad.

Los nuevos cuadros le presentan colores deslumbrantes, y no encontrando conveniente orientación, educación consistente, firmadas en el entendimiento de sus necesidades, contesta y agrade los valores convencionales, elaborando un cuadro compatible con su concepto, en el cual pasa a complacerse, ignorando los cánones y paradigmas en los cuales se basan los grupos sociales, que pierden, para él, momentáneamente, el significado.

La velocidad de la telecomunicación, la disminución de las distancias a través de los recursos de los medios, de la computación, de los viajes aéreos, amedrentan los caracteres más frágiles, en cuanto estimulan los más audaces, proponiéndoles el descubrimiento del mundo y el beber de todos los placeres casi que de un solo trago.

Los deportes, que se pierden en un incontable numero de propuestas, lo llaman, y los otros deberes, aquellos al respecto de la cultura intelectual, de la vivencia religiosa, al comportamiento ético-moral, porque exigen sacrificios más tardíos y respuestas más lentas, quedan al margen, casi siempre despreciados, en favor de los esfuerzos que gratifican de inmediato, ensoberbeciendo el ego y exhibiendo la personalidad.

El culto del cuerpo, en los campeonatos de glorificación de las formas, agrada, elaborando programas, a veces de sacrificio inútil, debido a la propia fragilidad de que se reviste la materia en su transitoriedad orgánica y su constitución.

La música alucinante y los bailes de exaltación de la sensualidad lo llevan al ardor sexual, sin que tenga resistencia para los embates del gozo, que exige nuevas y diferentes formas de placer en constante exaltación de los sentidos.

La moderación cede lugar al exceso y al equilibrio pasa a un plano secundario, porque el joven, en ese sentido, recela perder las facilidades que se multiplican y lo agotan, sin darse cuenta de las finalidades reales de la existencia física.

El Espiritismo ofrece al joven un proyecto ideal de vida, explicándole el objeto verdadero de la existencia en la cual se encuentra sumergido, ahora viviendo en el cuerpo y, después, fuera de él, como un todo que no puede ser disociado solamente porque se presente en etapas diferentes. Le explica que el Espíritu es inmortal y el viaje orgánico le constituye recurso precioso de valorización del proceso iluminativo, liberador y placentero.

Elucidándolo, en cuanto al esfuerzo que a todos es exigido, lo despierta para la siembra por intermedio del estudio, del ejercicio de aprendizaje, del equilibrio moral por la disciplina mental y acción correcta, a fin de poder coger por largos, sino todos los años

de la jornada carnal, los resultados hermosos, que son consecuentes del empeño por la propia dignificación.

Los padres y los educadores son convidados, en esa fase de la vida juvenil, a caminando al lado del alumno, dialogando y comprendiendo sus aspiraciones, pero ejerciendo una postura moral que infunda respeto e intimidad, al mismo tiempo fortaleciendo el valor y ayudando en los desafíos que son propuestos, para que lo mismo se sienta con confianza para proseguir avanzando con seguridad en el rumbo del futuro. Son muy importantes esas conductas de los adultos, que incluso sin desearlo, sirven de modelos para los aprendices que transitan en la adolescencia, ya que los hábitos que se arraiguen permanecerán como definidores del comportamiento para toda la existencia física.

El amor, en su amplitud total, será siempre el gran educador, que posee los mejores métodos para atender la búsqueda del joven, ofreciéndole los seguros mecanismos que facilitan el éxito en los emprendimientos iniciados, así como los del futuro.

Continencia moral, ponderación de actitudes constituyen preparativos indispensables para la formación de la personalidad y del carácter del joven, en ese periodo de claro-oscuro discernimiento, para el triunfo sobre si mismo y sobre las dificultades que enfrentan todas las criaturas, durante la marcha física en la Tierra.

El adolescente y su sexualidad

La ignorancia responde por males incontables que afligen a la criatura humana y confunden a la sociedad. Igualmente, perversa es la información equivocada, destituida de fundamentos éticos y carente de estructura de lógica.

En la adolescencia, el despertar de la sexualidad es como la rotura de un dique, en el cual se encuentran reprimidas fuerzas inconmensurables, que se tiran, desordenadas, produciendo daños y perjuicios con relación a todo cuanto encuentran por delante.

En el pasado, el tema era tabú, que la ignorancia y la hipocresía preferían esconder, en una acomodación en la cual la apariencia debería ser preservada, aunque la conducta moral muchas veces se encontrase distante de lo que era presentado. Se estableció, disimuladamente, que lo inmoral era la sociedad tener conocimiento del hecho servil y no practicarlo a escondidas. A medida que los conceptos se actualizaron, liberándose de los preconceptos perniciosos, ocurrió el desastre del libertinaje, sin que hubiese mediado un periodo de madurez emocional entre lo prohibido y lo liberado, lo que era considerado vergonzoso y sucio y lo que es biológico y normal.

Evidentemente, después de un largo periodo de prohibición, impuesta por la hegemonía del pensamiento religioso arbitrario, al ser sobrepasado por el imperativo del progreso, surgieron la búsqueda por el desenfrenado gozo a cualquier precio y la entrega a los apetitos sexuales, como si la existencia terrena se resumiese únicamente en los juegos y en las conquistas de la sensualidad, terminando por caer en las excentricidades, en los comportamientos patológicos y promiscuos del abuso.

La sociedad contemporánea se encuentra en grave momento de conducta con relación al sexo, particularmente en la adolescencia. Superada la ignorancia del pasado, contempla, asustada, los desastres morales del presente, sufriendo terribles incertezas acerca del futuro.

La orientación sexual saludable es la única alternativa para el equilibrio en la adolescencia, como base de seguridad para toda la reencarnación. La cuestión, se hace justicia, ha sido muy debatida, pues las soluciones aun no se hicieron satisfactorias.

La visión materialista de la vida, estimulando una filosofía hedonista, responde por los problemas que se constatan, debido al concepto reduccionista a que se encuentra relegada la criatura humana. Sin duda, el sexo es parte de la vida física, entretanto, tiene implicaciones profundas en la intimidad del alma, ya que el ser humano es más que un montón de células que constituyen su cuerpo. Por esa razón, los conflictos se establecen teniendo en vista su realidad espiritual, con anterioridad a la forma actual, y complejas experiencias vividas antes, que no fueron felices.

Tal vez, debido a ignorar o negar el origen del ser, como Espíritu inmortal que es, muchos psicólogos, sexólogos y educadores se limitan, con honestidad, a preparar al niño de forma que solo conozca el cuerpo, identifique sus funciones, entre en contacto con su realidad física. La propuesta es saludable, innegablemente, sin embargo, el

cuerpo refleja los hábitos ancestrales que provienen de las experiencias anteriores, vivenciadas en otras existencias corporales, que imprimieron necesidades, anhelos, conflictos o armonías que ahora se presentan con predominancia en el comportamiento.

El conocimiento del cuerpo, a fin de asumir sus impulsos, empuja al adolescente para la promiscuidad, la perversión, los choques que transcurre de las frustraciones, en caso de que no esté necesariamente orientado para entender el complejo mecanismo de la función sexual, particularmente en sus expresiones psicológicas.

Inseguridad y miedos, muy comunes en la adolescencia, proceden de las actividades mal vividas en las jornadas anteriores, que imprimirán matrices emocionales o limitaciones orgánicas, deficiencias o exaltación de la libido, preferencias perturbadoras que exigen correcta orientación, así como terapia especializada. A los padres cabe la tarea educativa inicial. Sin embargo, mal equipados de conocimientos sobre conducta sexual, limitan a los hijos por el silencio molesto al respecto del tema, dejándolos desinformados, a fin de que aprendan con los amigos pervertidos y viciados, o los liberen, aun sin estructura psicológica, para que atiendan a los impulsos orgánicos, sin ninguna ética o lucidez al respecto de la ocurrencia y de sus consecuencias inevitables.

Reuniéndose en grupos para intercambio de opiniones y experiencias de curiosidad, los adolescentes quedan a merced de profesionales del vicio, que los atraen mediante las imágenes de los medios perversos y enfermos o de la prostitución, hoy disfrazada de intercambio sin compromiso, para atender a aquellos impulsos orgánicos o de vicio mental, en relacionamientos rápidos como insatisfactorios.

Cuando se pretende transferir para la Escuela la responsabilidad de la educación sexual, se corre el riesgo, que deberá ser calculado, del asunto ser presentado con levedad, irresponsabilidad y perturbación del propio educador, que vive conflictivamente el desafío, sin que lo haya solucionado en él mismo de manera correcta.

Chistes groseros, palabreo impropio, exhibición de aberraciones, normalmente son utilizados como temas para las aulas de sexo, flaco favor para la orientación saludable, aturdiendo más a los adolescentes tímidos e inseguros y tornando cínicos a aquellos más audaces.

La cuestión de la sexualidad merece tratamiento especializado, conforme lo exige la propia vida. El ser humano no es solamente un animal sexual, sino también racional, que despierta para el comando de los instintos, bajo el amparo de la consciencia. Todos sus actos merecen consideración, frente a los efectos que los suceden.

Al respecto del sexo, este requiere el mismo tratamiento y dignidad que son ofrecidos a los demás órganos, con el agravante de ser el aparato reproductor, que posee una alta y expresiva carga emocional, de ese modo necesitando mayor suma de responsabilidad, así como de higiene y respeto moral.

El control mental, la disciplina moral, los hábitos saludables en la ocupación de las horas, el trabajo normal, la oración ungida de amor y de entrega a Dios, constituyen una metodología correcta para la travesía de la adolescencia y el despertar de la edad de la razón con madurez y equilibrio. El sexo orientado reposa y se estimula en el aura del

amor, que debe constituir su guía seguro para razonar todos los problemas que surgen y preservarlo de los abusos que alucinan.

Sexo sin amor es agresión brutal en la búsqueda del placer de efímera duración y de resultado desastroso, por no satisfacer ni calmar. Cuanto más sea usado en mecanismo de desesperación o fuga, menos tranquilidad proporciona.

Teniéndose en vista el intercambio de hormonas y el fenómeno biológico procreativo, el sexo debe recibir una orientación digna y natural, sin exageración de ninguna naturaleza o limitación absurda, igualmente desastrosa.

La fuerza, no canalizada, dejada en desequilibrio, damnifica y destruye, sea ella cual sea.

Las de naturaleza sexual han conducido la historia de la humanidad y porque, no siempre fue orientada correctamente, los desastres bélicos que sucedieron, las hecatombes morales, sociales, espirituales, han sido la cosecha de los grandes conquistadores y líderes enfermos, reyes y dictadores innobles, que dominaron los pueblos, arrastrándolos a cautiverios hediondos, porque no consiguieron dominarse, controlar esa energía en desvarío que los alucinaba.

Examínese cualquier déspota, y en él se encontrarán registros de disturbios en el área del comportamiento sexual. De ese modo, en la fase de la irrupción de la adolescencia y de los órganos secundarios, se impone el deber de completarse la orientación del sexo que debe ser iniciada en la infancia, de forma que el joven se dé cuenta que lo mismo existe en función de la vida y no esta como instrumento de él.

El adolescente y su proyecto de vida

A partir de Freud el concepto de sexo sufrió una casi radical transformación. El eminente padre de la Psicoanálisis procuró demostrar que la sexualidad es algo mayor de lo que se le atribuía hasta entonces, cuando es reducida solamente a la función sexual. Quedó establecido que la misma tiene mucho más con el órgano genital, ejerciendo una fuerte influencia en la personalidad del ser.

Naturalmente, hubo exceso en la propuesta en pauta, en sus inicios, llegándose incluso al radicalismo, que pretendía ser la vida una función totalmente sexual, por tanto, perturbadora y conflictiva.

Siempre se tuvo como fundamental que la vida sexual tenía origen en la pubertad, sin embargo, siempre también se constataron casos de manifestaciones prematuras del sexo, debido a la madurez precoz de las glándulas genésicas.

A Freud cupo la tarea desafiadora de demostrar la diferencia existente en la glándula genital, responsable de la función procreadora, y la de naturaleza sexual, que se encuentra ínsita en el niño desde su nacimiento, experimentando las naturales transformaciones que culminarían en la sexualidad del ser adulto.

Aun, para Freud, la función de naturaleza sexual es resultado de la aglutinación de diversos instintos, herencias naturales del tránsito del ser por las fases primarias de la vida, en las cuales hubo predominancia de naturaleza animal, por tanto, instintiva que se van transformando, igualmente unida a aquel periodo inicial de la evolución de los seres en la Tierra.

En el transcurso de ese desarrollo de los denominados instintos parciales, muchos factores ocurren naturalmente, siendo asfixiados, transferidos psicológicamente, alterados, dando nacimiento a inúmeros conflictos de la personalidad.

La personalidad, de ese modo, es el resultado de todas esas alteraciones que suceden en las franjas primarias de la vida y que son modificadas, transformadas y orientadas de forma para construir el ser equilibrado. Se trata, por tanto, de una fuerza interior que se desarrolla en el ser humano y casi lo domina por entero, estableciendo norma de conducta y de actividad, que lo hacen feliz o desventurado, saludable o enfermo. Para entender ese mecanismo es indispensable remontar a las reencarnaciones anteriores por donde deambuló el Espíritu, que se torna heredero del patrimonio de sus acciones, ahora actuantes, como deseos, tendencias, manifestaciones sexuales impulsivas o controladas.

Si hubiese, el eminente vienense, retrocedido a la ancestralidad del ser inmortal, superando el preconceito que le hipertrofiaba la visión científica, reduciéndola, apenas, a la materia, y habría conseguido pensar de forma más segura los problemas del sexo y de la sexualidad. No obstante, esa fuerza poderosa es, de cierta forma, influencia a la vida, en el campo de las sensaciones, llevando a resultados emocionales que se establecen en el psiquismo y comandan la existencia humana que, mal orientada, poco difiere del animal. Ese en ese periodo, en la adolescencia que se determinan los

programas, los proyectos de vida que se tornarán realidad, o no, de acuerdo con el estado emocional del joven.

Se estipuló que esos programas existenciales deben ser estructurados en la visión aun inmediatista, esto es, en la acumulación de una fortuna, en el disfrutar del confort material, en el adquirir bienes, en el tener seguridad en el trabajo, en la libertad afectiva, en el placer... Muchos programas han sido establecidos dentro de esos límites, que parecían dar acierto en el pasado, pero frustraron personas que se debilitaron en la amargura, en el desánimo moral, en la ansiedad mal contenida.

El ser humano se destina a niveles más elevados de aquellos que norlean el pensamiento materialista, cuales sean, el equilibrio interior, el dominio de si mismo, el idealismo, la armonía personal, la buena estructuración psicológica, y, naturalmente, los recursos materiales para hacer esos propósitos realizables. Para tanto, el propósito de vida del joven debe centrarse en la búsqueda del conocimiento, en la vivencia de las disciplinas morales, a fin de prepararse para las luchas no siempre fáciles del proceso evolutivo, en la reflexión, también en la alegría de vivir, en los placeres éticos, en la recreación, en los cuales encuentra resistencia y renovación para los deberes que son parte integrante de su proceso de crecimiento personal.

Solamente quien se dispone a administrar los desafíos, consigue planear encima de las vicisitudes, que pasan a tener el significado de gozo y de disfrutar de todas las comodidades juveniles, antes de equiparse de valores morales y de seguridad psicológica por la madurez de las experiencias y vivencias, inevitablemente el sufrimiento, la insatisfacción, la angustia sustituyen los júbilos momentáneos y vanos.

El adolescente actual, es un Espíritu envejecido, acostumbrado a realizaciones, no siempre loables, lo que le produce anhelos y disgustos aparentemente inexplicables, inseguridad y miedo sin justificativa, que son restos de su consciencia de culpa, en razón de los actos practicados, que ahora vino a reparar, superando los límites y avanzando con otra dirección por el camino de la iluminación interior, que es el esencial objetivo de la vida.

El proyecto de una vida familiar, de prestigio en la sociedad, de realizaciones en el campo de actividades artísticas o profesionales, religiosas o filosóficas, es acreedor de cariño y de esfuerzo, porque debe ser fijado en los cuadros de la mente como desafío a vencer y no como diversión a disfrutar.

Todo el esfuerzo, en continuo ejercicio de hacer y rehacer tareas; la decisión de no abandonar el propósito en pantalla, cuando las circunstancias no sean favorables; el control de los impulsos que pasarán a ser orientados por la razón, en vez de encontrar campo en la agresividad, en la violencia, en el abuso juvenil, constituyen los mejores instrumentos para que se concrete la aspiración y se torne realidad el programa de existencia terrena.

El adolescente está en formación y, naturalmente, poseyendo fuerzas que deben ser canalizadas con equilibrio para que no lo trastornen, necesita de apoyo y de discernimiento, de orientación familiar, porque le falta la experiencia que mejor enseña los rumbos a seguir en cualquier intento de vida.

En ese periodo, muchos conflictos perturban al adolescente, cuando tiene en mira su proyecto de vida aun no definido. Le surgen dudas atroces en el área profesional, en relación con lo que siente y a lo que da ganancia, a lo que aspira y a lo que se encuentra de moda, a aquello que le gustaría de realizar y al aspecto social, de escoger financieramente...

Indispensable tener en mente que los valores inmediatos siempre son sobrepasados por las inevitables ocurrencias indirectas, que llegarán, sorprendiendo al ser con lo que él es, y no solo con relación a lo que él tiene. Se caracteriza aquí la necesidad de autorrealización en detrimento de lo inmediato poseer, que no siempre satisface interiormente.

Hay muchas personas que tienen todo cuanto la vida ofrece a los triunfadores materiales, y, sin embargo, no se encuentran de bien con ellas mismas. Otros así, poseen tesoros que cambiarían por la salud; disponen de posesiones que donarían para tener paz; desfilan en los coches de oro de los aplausos y preferirían las caminatas afectivas entre cariño y seguridad emocional...

De ese modo, el proyecto existencial del adolescente no puede prescindir de la visión espiritual de la vida; de la realidad transpersonal de él mismo; de las aspiraciones de lo noble, de lo bueno, de lo bello, que serán las realizaciones permanentes en su interior, guiando sus pasos para la felicidad.

Las posesiones llegan y se van, son adquiridos o perdidos, pero, lo que se es, permanece como directriz de seguridad y mecanismo de paz, que nada consigue perturbar o modificar. Para ese cometido, la buena orientación sexual se hace indispensable en la fase de afirmación de la personalidad del adolescente, como ocurre en los más diferentes periodos de la vida física.

El adolescente delante de la familia

Incontestablemente, el hogar es la mejor escuela, la más eficiente, porque las lecciones ahí administradas son vivas e impresionables, cargadas de emoción y fuerza. La familia, por eso mismo, es el conjunto de seres que se unen por la consanguineidad para un emprendimiento superior, en el cual son investidos valores, inestimables que se conjugan en pro de los resultados felices que deben ser conseguidos a lo largo de los años, gracias al relacionamiento entre padres e hijos, hermanos y parientes.

No siempre, pues, la familia es constituida por Espíritus afines, afectivos, comprensivos y fraternos. En la mayoría de las veces, la familia es formada para ayudar a los equivocados a recuperarse de los errores morales, a reparar daños que fueron causados en otras tentativas en las cuales frustraron. Así, pues, hay familias-bendición y familias-probación. Las primeras son aquellas que reúnen a los Espíritus que se identifican en los ideales del hogar, en la comprensión de los deberes, en la búsqueda del crecimiento moral, beneficiándose por la armonía frecuente y por la fraternidad habitual. Las otras son caracterizadas por los conflictos que se presentan desde temprano, en las animosidades entre sus miembros, en las disputas alucinadas, en los conflictos continuos, en las rebeldías sin descanso.

Amantes que se corrompieron, y se abandonaron, renacen en las condiciones de padres e hijos, a fin de alterar el comportamiento afectivo y sublimar las aspiraciones; enemigos que se tiraron en duelos políticos, religiosos, afectivos, esgrimiendo armas e hirándose, matándose, retornan casi siempre en la misma consanguinidad, a fin de superar las antipatías que renacen; traidores de ayer ahora se refugian al lado de las víctimas para conseguir su perdón, vistiendo la indumentaria del parentesco cercano, porque nadie huye de sus actos. Donde sea, se enfrenta con su realidad, que se puede presentar alterada, pero, en su interior, es él mismo.

La familia, de ese modo, es el laboratorio moral para las experiencias de la evolución, que caldea los sentimientos y trabaja las emociones, proporcionando oportunidad de equilibrio, desde que el amor sea aceptado como la gran ecuación de los desafíos y de las dificultades.

Invariablemente, por falta de estructura espiritual y desconocimiento de la Ley de las reencarnaciones, las personas que se reencuentran en la familia, casi siempre, dan salida a sus sentimientos y, en vez de rectificar los negativos, más los fijan en los cuadros del inconsciente, generando nuevas aversiones que complican el cuadro del relacionamiento fraternal.

A veces, la afectividad como la animosidad son detectadas desde el periodo de la gestación, predisponiendo a los padres a la aceptación o al rechazo del ser en formación, que oyen sus expresiones de cariño o sienten sus vibraciones inamistosas, que se irán a convertir en conflictos psicológicos en la infancia y en la adolescencia, generando disturbios para toda la existencia futura. Se renace, por tanto, en el hogar, en la familia de que se tiene necesidad, y no siempre en aquella que se gustaría o que se merece, a fin

de progresar y limar las imperfecciones con el buril de la fraternidad que la convivencia proporciona y dignifica. Debido a eso, el adolescente experimenta en la familia esos choques emocionales o se siente atraído por las vibraciones positivas, de acuerdo con los vínculos anteriores que mantiene con el grupo en el cual se encuentra comprometido. Esa aceptación o repulsión irá a afectar de manera muy significativa en su comportamiento actual, exigiendo, cuando negativa, terapia especializada y gran esfuerzo del paciente, a fin de ajustarse a la sociedad, que le parecerá siempre un reflejo de lo que vivió en el nido doméstico.

La familia equilibrada, esto es, estructurada con respeto y amor, es fundamental para una sociedad justa y feliz. Sin embargo, la familia comienza cuando la pareja decide unirse sexualmente, amparados o no por el beneplácito de las Leyes que rigen las Naciones, respetándose mutuamente y comprendiendo que, a partir del momento en que nacen los hijos, una gran, profunda y significativa modificación se deberá dar en la estructura del relacionamiento, que ahora tendrá meta la armonía y felicidad del grupo, lejos del egoísmo y del interés inmediatista de cada cual. Infelizmente, no es lo que ocurre, y de eso resulta una sociedad juvenil desorganizada, revuelta, agresiva, desinteresada, cínica o depresiva, deambulando por los rumbos torpes de las drogas, de la violencia, del crimen, del desvarío sexual...

Los padres deben unirse, incluso cuando en dificultades en el relacionamiento personal, a fin de ofrecer seguridad psicológica y física a la descendencia. Esa tarea desafiadora es de gran valía para el conjunto social, pero no ha sido ejercida con la elevación que exige, debido a la inmadurez de los individuos que se buscan para los placeres, en los cuales hay una predominancia destacada de egoísmo, con altas dosis de insensatez, desamor y apatía de uno por el otro ser con quien vive, cuando las ocurrencias no les parecen agradables o interesantes.

Los divorcios y las separaciones, legales o no, se multiplican en altas estadísticas de indiferencia por la familia, produciendo las tristes generaciones de los huérfanos de padres vivos y desinteresados, agravando la economía moral de la sociedad, que les sufre el daño del desequilibrio creciente.

El adolescente, en un hogar desajustado, naturalmente experimenta las consecuencias nefastas de los fenómenos de agresividad y lucha que allí tienen lugar, escondiendo las propias emociones o dándoles largas en los vicios, a fin de sobrevivir, cargado de amargura y asfixiado por el desamor.

A pesar de esa situación, cabe al adolescente en formación de la personalidad, comprender la coyuntura en la cual se encuentra localizado, aceptando el desafío y compadeciéndose de los padres y demás familiares envueltos en la lucha infeliz, como siendo seres enfermos, que están lejos de la cura o se niegan a la terapia de la transformación moral. Es, sin duda, el más pesado desafío que enfrenta el joven, pagar esa elevada carga, que es entender a aquellos que deberían hacerlo, ayudar a aquellos que, más viejos y, por tanto, con más experiencia, tengan por tarea comprenderlo y orientarlo.

El hogar es el gran formador del carácter del alumno. Muchas veces, sin embargo, hogares infelices, en los cuales las luchas por poca cosa se hacen cruentas y constantes,

no llegan a perturbar a adolescentes equilibrados, porque son Espíritus saludables y allí se encuentran para rescatar, pero también para educar a los padres, servir de ejemplo para los hermanos y demás familiares.

No sea, pues, de extrañar, los ejemplos históricos de hombres y mujeres notables que nacieron en hogares modestos, en medios agresivos; en familias degeneradas, y superaron los límites, las dificultades impuestas, consiguiendo alcanzar las metas para las cuales reencarnaron.

Cuando el espíritu de dignidad humana vigorice en los adultos, que se facultarán madurecer emocionalmente antes de asumir los compromisos de la paternidad, habrá un cambio radical en los cuadros de la familia, iniciándose la época de la verdadera fraternidad.

Cuando el sexo sea ejercido con responsabilidad y no agresivamente; cuando los individuos comprendan que el placer cobra un precio, y este, en la unión sexual, incluso con los cuidados de los preservativos, es la fecundación, habrá un cambio real en el comportamiento general, abriendo espacio para la adolescencia bien orientada en la familia en equilibrio.

Sea, pues, cual sea el hogar en el cual se encuentre el adolescente, tendrá campo para la comprensión de la fragilidad de los padres y de los hermanos, para evaluación de sus méritos. Si no es comprendido o amado, esfuércese para amar y comprender, teniendo en vista que es deudor de los padres, que podrían haber interrumpido el embarazo y, sin embargo, no lo hicieron.

Así, el adolescente tiene, para con la familia, una deuda de cariño, incluso cuando esa no se dé cuenta del inmenso débito que tiene para con el joven en formación. En ese intento, el de comprender y disculpar, orando, el adolescente contará con la ayuda divina que nunca falta y la protección de sus Guías Espirituales, que son responsables de su nueva experiencia reencarnatoria.

El adolescente en la búsqueda de la identidad y del idealismo

El florecer de la adolescencia, a semejanza de lo que ocurre con el capullo de la rosa que se abre ante la caricia del Sol, desvela su intimidad que se encuentra adormecida, y despierta, suavemente, aspirando la vida, exteriorizando aroma y ofreciendo polen para la fertilización y resurgimiento en nuevas y maravillosas expresiones.

La plenitud de la vida, en la fase de la adolescencia, se agita y se exterioriza, dejando que todos los contenidos archivados en el inconsciente del ser pasen a revelarse, en forma de tendencias, aptitudes, anhelos y tentativas de realización. No siempre ese despertar es tranquilo, pudiendo, a veces, ser una erupción volcánica de energías retenidas que estallaron, produciendo daños.

En otras ocasiones puede expresarse como sufrimiento íntimo, caracterizado por fobias de apariencia inexplicables, pero que proceden de los registros periespirituales, sumergidos en el inconsciente, que surgen como conflictos, consciencia de culpa, pudor exacerbado, misticismo, en mecanismos bien elaborados de fuga de la realidad.

Reencarnándose, para reparar los errores y edificar el bien en si mismo, el Espíritu alcanza la adolescencia orgánica, vivenciando el transformar de energías y hormonas sutiles como poderosas, que lo despiertan para las manifestaciones del sexo, pero también para las aspiraciones idealistas, desarrollando la búsqueda de la propia identidad.

Cargando la suma de las personalidades vividas en otras reencarnaciones, su identificación con el mundo actual demanda tiempo y madurez, mediante los cuales puede valorar quien realmente es y lo que legítimamente desea. No teniendo el discernimiento aun para elegir lo que es mejor, casi siempre se entrega a la búsqueda de lo más inmediato, porque es más fácil, procurando acomodarse a las manifestaciones fisiológicas del comer, dormir, practicar sexo, vencer el tiempo sin gran esfuerzo. Se trata de un atavismo pernicioso, que debe ser mejor dirigido, a fin de que sea descubierta la finalidad de la existencia y como alcanzar ese nivel que lo aguarda.

Si el hogar ofrece seguridad afectiva y comprensión, el adolescente tiene facilidad para seleccionar los valores y aceptar a aquellos que le son más favorables para el progreso. Sin embargo, si el grupo familiar es traumatizante, huye para comportamientos oportunistas, que parecen ahuyentar los resentimientos y libertarlo de la cárcel doméstica.

La influencia de los padres es decisiva en la elaboración y desarrollo del idealismo, en la afirmación de la propia identidad, sin que haya presión o autoritarismo de los padres, antes ofrecimiento de medios para el diálogo esclarecedor, sin la sujeción a los consejos castradores e impositivos, siempre de malos resultados.

Hay una tendencia en el joven para huir a los programas elaborados, a las experiencias vividas por otros, al aprovechamiento de la sabiduría de los más antiguos. Cada ser es una realidad especial, que necesita vivenciar sus propias aspiraciones, muchas veces

equivocándose para mejor comprender el camino por donde debe seguir. Debido a esto, experiencia es una conquista personal, que cada cual aprende por el propio esfuerzo, no es raro, a través de errores que son corregidos y fracasos que se hacen anticuado por el éxito.

Cuando alguien desea imponer su punto de vista, transfiere una realización no lograda, para que el otro la consiga, así alegrando a aquel que se le torna mentor. La educación propone y el alumno aprende mediante el ejercicio, la reflexión, la madurez.

Los modelos deben ser silenciosos, hablando más por los ejemplos, por la alegría de vivir, por los valores comprobados, en vez de las palabras sonoras, pero cuyas prácticas demuestran lo contrario.

Cuando alguien convive con un adolescente se encuentra bajo la mirada de su cuidadosa observación. Él compara las actitudes con las palabras, el comportamiento cotidiano con los contenidos filosóficos, no creyendo sino en aquello que es demostrado, nunca en lo que es propuesto por el verbo.

Debido a eso, surgen los conflictos domésticos, en los cuales los padres se dicen incomprendidos y no seguidos, olvidándose que son los responsables, hasta cierto punto, por el fracaso de sus proposiciones.

La identidad de cada uno tiene sus características personales, y esas no pueden, ni deben ser clones, en los cuales se pierde la individualidad. La búsqueda de la identidad en el adolescente es demorada, como ocurre con el individuo en sí mismo, prolongándose por el periodo de la razón, madurez y vejez. Por eso mismo, no siempre la avanzada edad biológica es sinónimo de sabiduría, de equilibrio. Jóvenes hay, maduros, mientras mayores existen que permanecen aprisionados en niños caprichosos y renitente de la infancia no sobrepasada.

El idealismo brota del fondo del ser y debe ser cultivado por los padres, que estimularán las tendencias positivas del hijo, ofreciéndoles los recursos emocionales y afectivos para que él pueda materializar la aspiración del mundo íntimo.

Cuando se revela la tendencia para el idealismo perverso, el desequilibrio firmado en el egoísmo, en el capricho, en los desajustes morales, es necesario enseñarle la técnica de como canalizar las energías para el lado mejor de la vida, proponiendo ideales prácticos y más inmediatos, que sean compensadores psicológicamente, de forma que la elección se opere con naturalidad, por medio de la sustitución de aquellos que son perturbadores por esos otros que son satisfactorios.

En vez de las luchas continuas, que se hacen imposiciones inoportunas, enriquecidas de quejas y lamentaciones por el esfuerzo dirigido al hijo, quien se informa no saber aprovechar todo cuanto recibe, es justo que todas las propuestas sean presentadas de forma edificante, sin acusaciones ni rechazos, sino con espíritu de tolerancia y comprensión, hasta que el discernimiento del adolescente acepte como fenómeno natural la contribución, teniendo en mente que la decisión fue propia y que eso es bueno para él, no porque otros así lo quieran, sino porque más le conforta y le agrada.

La adolescencia es aún fase de amoldamiento, de adaptación, al mismo tiempo de transformaciones, que merecen y exige paciencia y habilidad psicológica. De un lado,

existe el interés familiar, que trabaja para lo mejor del alumno, pero por otra parte se encuentra el grupo social, no siempre equilibrado, en la Escuela, en el Club, en la calle, en el trabajo, conspirando contra las actitudes saludables que se desea ofrecer y que naturalmente atraen al adolescente, porque le gusta ser igual a los demás, no llamar la atención, o cuando, en conflicto, quiere destacarse, exhibirse, exactamente porque vive inseguro, experimenta dramas, que oculta bajo la desfachatez, el cinismo aparente...

Con el tranquilizar del flujo sexual, mediante la reflexión y el trabajo, a través del estudio y de las aspiraciones superiores que se deben administrar con cuidado, él pasa a identificarse con el mundo, con las personas y por fin con él mismo. Esa autoidentificación es más demorada, porque es más profunda, prolongándose por toda la existencia bien orientada por el deber y por las aspiraciones ennoblecidas.

El idealismo se le torna un alimento que debe ser ingerido con frecuencia, a fin de que no haya carencia emocional y pérdida de identidad en el tumulto de las propuestas sociales, económicas y artísticas...

Invariablemente el Espíritu reencarna para dar continuidad a tareas que quedaron interrumpidas, y resurgen en los cuadros mentales como aspiraciones y tendencias más acentuadas. Otras veces, sin embargo, debe comenzar a experimentar actividades nuevas, mediante las cuales progresará en el rumbo de la vida y de Dios.

En la fase de inseguridad por la adolescencia, toda la vigilancia es necesaria, de modo a ayudar al joven a encontrarse y a definir su ideal de vida, entregándosele confinante y rico de perseverancia hasta conseguir la meta ambicionada.

El adolescente: posibilidad y limites

En la cuadra primaveral de la adolescencia todo parece fácil, exactamente por la falta de vivencia de la realidad humana. El adolescente examina el mundo a través de las lentes limpias del entusiasmo, cuando se encuentra en júbilo, o mediante las pesadas manchas del pesimismo que en el momento domina sus paisajes emocionales. La realidad, sin embargo, difiere de una como de otra percepción, sin los altos vuelos del encantamiento ni los abismos profundos del existencialismo negativo.

La vida es un conjunto de posibilidades que se presentan para ser experimentados, facultando el crecimiento intelecto-moral de los seres. La forma como cada persona se utiliza de esos recursos redundante en el éxito o en desaire, no siendo la misma responsable por la gloria o por el fracaso de aquellos que la buscan y en ella se encuentran envueltos.

Para el joven soñador, que todo lo ve rosa, hay muchos caminos a recorrer, que exigen esfuerzo, buen direccionamiento de opción y sacrificio. Toda ascensión impone inevitable cota de dedicación, como es natural hasta que la conquista de los altiplanos delinee nuevos horizontes aun más amplios y fascinantes.

Así, las posibilidades del adolescente están en el esfuerzo que él aplica para la conquista de lo que traza como objetivo. En ese periodo, se tiene prisa, porque todas las manifestaciones son rápidas y los acontecimientos obedecen a un organograma que no puede ser anticipado, esperando que se consuman los mecanismos propicios para su realización.

Ansioso por los vuelos que pretende dar, piensa que sus aspiraciones pueden ser transformadas en realidad de uno para otro momento, y, cuando eso no ocurre, se deja abatir por graves frustraciones y desánimo. Sin embargo, a través de ese vaivén de alegría y desencanto pasa a entender que los fenómenos existenciales no dependen de sus imposiciones, proviniendo de muchos factores que se conjugan para ofrecer resultado correspondiente. En esa sucesión de contrarios, madurece su capacidad de comprensión y se perfecciona la facultad de planear, ayudándolo a colocar los pies en el suelo sin la pérdida de optimismo, que es factor decisivo para el proseguimiento de las aspiraciones y de su ejecución continua.

Frente a la constitución de la vida, no basta anhelar y querer, sino producir y perseverar. Ese medio de llevar adelante los planes acogidos demuestra que hay límites en todos los individuos, que no pueden ser sobrepasados, y que se presentan en el orden social; moral, económico, cultural, científico, en fin, en todas las áreas de los cuadros existenciales.

Los acontecimientos son conforme ocurren y no según se gustaría, esto es, nadar contra la corriente puede agotar al candidato que va tirado a la playa, donde llega después de grandes conquistas y allí muere sin alcanzar la victoria.

La sabiduría, que transcurre de las continuas luchas, demuestra que se debe realizar lo que es posible, aguardando el momento oportuno para nuevos cometidos.

Específicamente, cada deber tiene su lugar y no es lícito asumir diversas labores que no pueden ser ejecutados de una sola vez. La propia organización física constituye límite para todos los individuos.

Cuando se exige del organismo más allá de sus posibilidades, los efectos son negativos, por tanto, desalentadores. De ahí, el límite se encuentra en la capacidad de las resistencias física, moral y mental, que constituyen los elementos básicos del ser humano, y en el enfrentamiento con los imperativos de la sociedad, de la época en que se vive, etc.

Ciertamente, hay hombres y mujeres que se transformarán en excepción, habiendo pago de pesadas cargas de sacrificio, gracias al cual abrirán a la Historia páginas de incomparable belleza.

Simultáneamente, también, hubo aquellos que se sumergieron en el fondo abismo del desencanto, dejándose dominar por terribles angustias que les marchitaron la alegría de vivir y los maceraron, llevándolos a estados profundamente perturbadores, porque no poseían esas energías indispensables para las conquistas que planearon. Al joven compete el deber de aprender las lecciones que le llegan, impregnándose de sus mensajes y abriendo nuevos espacios para el futuro.

Cuando arrebatado por el entusiasmo, considerar que hay tiempo para sembrar como lo hay para recoger; cuando deprimido, liberarse de las sombras por el esfuerzo de ascender a las regiones donde brilla la luz de la esperanza, comprendiendo que la marcha comienza en el primer paso, así como el discurso más inflamado tiene inicio en la primera palabra.

Todas las cosas exigen planificación y tentativa. Aquel que se recusa a experimentar, ya perdió parte del emprendimiento. No hay que temer al fracaso. Ese miedo de la experimentación ya es, en sí mismo, una forma de fracaso. Arriesgarse, en el buen sentido del término, es intensificar los esfuerzos para producir, incluso que, aparentemente, todo esté en contra.

No realizando, no intentando, es claro que las posibilidades son infinitamente menores. Siempre vence a aquel que se encuentra alerta, que trabaja, que persiste.

La actitud de esperar que todo ocurra en favor propio es comodidad injustificable; y dejarse abatir por los pensamientos pesimistas, así como por las herencias auto depresivas, significa perder las mejores oportunidades de crecimiento interior y exterior, que se encuentra en la adolescencia. Ese es el momento de programar; es el campo de experimentación.

Cuando el joven comienza a delinear el futuro no significa que haya logrado la victoria o perdido la batalla, solo está trazando rutas que lo llevarán a uno o a otro resultado, ambos de mucho valor en su aprendizaje, en torno de la vida en la cual se encuentra.

La perseverancia y el idealismo sin exceso responderán por el emprendimiento iniciado. El adolescente no debe temer nunca el porvenir, ya que eso sería limitar las

aspiraciones, ni subestimar las lecciones de lo cotidiano, que le deben constituir mensajes de advertencia, propias para enseñarle como conseguir los resultados superiores. Así, en ese periodo de formación, de identificación consigo mismo, la docilidad en el trato, la confianza en las realizaciones, la gentileza en la afectividad, el trabajo constante, al lado del estudio que perfecciona los valores y desarrolla la capacidad de entendimiento, debe ser el programa normal de vivencia.

Los placeres, los juegos apasionantes del deseo, las búsquedas internas del gozo ceden lugar a los compromisos iluminativos, que diseñan la felicidad en el alma y la materializan en el comportamiento.

Ser joven no es, solamente, poseer fuerza orgánica, capacidad de soñar y de producir, sino, sobre todo, poder discernir lo que necesita ser hecho, como ejecutarlo y para que realizarlo.

La escala de valores personales necesita ser muy bien considerada, a fin de que el tiempo no sea empleado de forma caótica en proyectos de secundaria importancia, en detrimento de otras labores principales, que constituyen la primera meta existencial, de la cual transcurrirán todas las otras realizaciones.

Son infinitas, por tanto, las posibilidades de la vida, limitadas por la circunstancia, por el nivel de evolución de cada hombre y de cada mujer, que deben, desde adolescente, programar la ruta de la evolución y seguir con seguridad, etapa a etapa, hasta el momento de su autorrealización.

El adolescente, el amor y la pasión

Periodo de exuberancia hormonal, la adolescencia se caracteriza por los impulsos y desobediencia de la emotividad.

Se confunden las emociones, y todo el ser es un conjunto de sensaciones desordenadas, en un torbellino de impresiones que aturden al joven. Irrumpe, naturalmente, los deseos de la sensualidad, y se confunden los sentimientos, por falta de capacidad de discernir gozo y plenitud, éxtasis sexual y armonía interior.

Es en esa fase que se presentan las pasiones avasalladoras e irresponsables que desajustan y alucinan, generando problemas psicológicos y sociales muy graves, cuando no son controladas y orientadas en el sentido de la superación de los deseos carnales.

Súbitamente el joven descubre intereses nuevos en relación con otro, a aquel con quien convive y nunca antes experimentó nada de original, que se diferenciase de la fraternidad, de la amistad sin compromiso.

La libido se le impone y lo impulsa a relacionamientos apresados como ardientes, que luego se esfuman.

Cuando no atendida, por circunstancias violentas, da surgimiento a estados depresivos, que pueden perturbar profundamente al adolescente, que pasa a cultivar el pesimismo y la angustia, derrapando en desajustes psicológicos de curso demorado.

Lo ideal, en ese momento, es la canalización de esa fuerza creadora para las experiencias del arte, del trabajo, del estudio, de la investigación, que se transforman en energía superior, potencializada por la belleza y por el equilibrio.

En ese sentido, se debe recorrer a los deportes, a la gimnasia, a las caminadas y actividades ecológicas que, más allá de útiles a la comunidad, también gastan el exceso hormonal, tanto físico como psíquico.

Los permisos morales de la actualidad y los vehículos de comunicación pervertidos contribuyen para una madurez precoz, indebido, a la irrupción de la libido, en razón de las provocaciones audio-visuales, de las conversaciones insanas, que tiene siempre por base el sexo en detrimento de la sexualidad, del conjunto de valores que se expresan en la personalidad, lleva a los jóvenes inmaduros a relacionamientos inoportunos, por curiosidad o precipitación, imponiéndoles falsas necesidades, que pasan a atormentarlos, mal tratarlos emocionalmente, o empujándolos para los mecanismos exhaustivos de la autosatisfacción, con desajustes de la función sexual en si misma agredidas y mentalmente mal direccionada.

El amor, en la adolescencia, es un sentimiento de posesión, que se presenta como necesidad de someter al otro a su voluntad, para que sean atendidos los caprichos de la más variada orden. Por inmadurez emocional, en esa fase, no se tiene condiciones de experimentar las delicias del respeto a los derechos del otro a quien se dice amar, antes imponiendo su forma de ser; no hay capacidad para renunciar en favor de aquel a quien

se dirige el afecto, pero si desea recibir siempre sin la preocupación de la retribución inevitable, que es el sustentáculo basilar del amor.

El amor real es expresión de madurez, de firmeza de carácter, de coherencia, de consciencia de responsabilidad, que trabajan en favor de los involucrados en el sentimiento que energiza, enriqueciendo de aspiraciones por el bien, por lo bello, por la felicidad.

Se envuelve en ternura y no agrede, siempre dispuesto a ceder, desde que del acto resulte el bienestar para el ser amado. Escasea, como es natural, en el periodo juvenil, que el tiempo solamente consolida mediante las experiencias de los relacionamientos bien sucedidos.

Hay jóvenes capaces de amar en profundidad, sin duda, por ser Espíritus experimentados en las luchas evolutivas, encontrándose en cuerpos nuevos, en desarrollo, pero teniendo capacidad vigorosa de sentir y entender. Se volvieron celebres, en la Historia, los amores legendarios de Romeo y Julieta, terminando en tragedia, debido a la inmadurez de los enamorados.

Mientras ellos se entregaron al suicidio infeliz, surgen las imágenes elevadas de la ternura de Dante y Beatriz, de Abelardo y Eloísa, maduros por la propia vida y dispuestos a la renuncia, desde que redundando en felicidad del otro.

El amor produce encantamiento y adorna al alma de belleza, vitalizando el cuerpo de hormonas específicas, pero ofreciendo capacidad de sacrificios inimaginables.

María de Magdalena, joven pervertida y enferma del alma, encuentra a Jesús y Lo ama, tocada en los sentimientos nobles que estaban asfixiados por el barro de las pasiones serviles, llevándose para la dignificación personal.

Saulo de Tarso, aun joven, perseguidor inclemente de los hombres del camino, encuentra a Jesús y se enternece, dejándose dominar por su presencia y se le da hasta el holocausto.

Más de un millón de vidas, que fueron tocadas por su amor, se permitieron desterrar, ultrajar, morir, sin ninguna reacción, con confianza en la compensación afectiva que mana del amor, y que experimentaban.

No solamente el amor en su rasgo espiritual, sino también el maternal, el fraternal, el sexual, cuando no tiene por meta solamente el relacionamiento célebre, pero si, la convivencia agradable y vitalizadora que se convierte en razón de la propia vida.

La pasión es como llama que arde, devora y se consume a si misma por la falta de combustible. El amor es la dulce presencia de la alegría, que envuelve a las criaturas en armonías dulces y duraderas. Mientras una termina sin dejar anhelos, el otro prosigue sin abrir lagunas, incluso cuando las circunstancias no proporcionan la presencia física. La primera es arrebatadora y breve; el segundo es confortador y permanente. De ese modo, explotan muchas pasiones en la adolescencia, y pocas veces nace el amor que irá a definir los rumbos afectivos del joven. Es en ese periodo que, muchos compromisos se firman, sin estructura para el proseguimiento, para los desafíos, para el futuro, cuando las aspiraciones se modifican por imperativo de la propia edad y los cuadros de valores

se presentan alterados. Tales uniones, en esa fase de pasiones, tienden al fracaso, si por acaso no son asentadas en bases de seguridad bien equilibradas. Pasado el fuego de los deseos, termina la unión, acaba el amor, que al final nunca existió...

Es indispensable que, en el periodo juvenil, todos se permitan orientarse por la experiencia y madurez de los padres y maestros, a fin de caminar con seguridad, no asumiendo compromisos para los cuales aun no tiene resistencia psicológica, moral existencial. Cabe, por tanto, al adolescente, la sumisión dinámica, esto es, aceptación consciente de las directrices y rutas que les son presentados por los padres, en el hogar, por los educadores, en la Escuela, a fin de seguir sin dejar marcas en la retaguardia.

La disciplina sexual, en esa ocasión, contribuye mucho para equilibrar las emociones y dinamizar las experiencias físicas, dando resistencia para enfrentar las llamadas de las pasiones traumatizantes que surgen con frecuencia en el curso de la vida.

La pasión, en la adolescencia, cuando es cultivada en el silencio de la timidez, se transforma en verdugo caprichoso que dilacera por dentro, conduciendo a su víctima a estados patológicos muy graves, de donde pueden nacer manifestaciones psicóticas portadoras de tendencias criminales y perversas.

Realizar la catarsis de las pasiones, comunicándose con todos y viviendo fraternalmente, en clima de legítima amistad, abre campo para las manifestaciones de la afectividad sana, que se convierte en amor, a medida que transcurre el tiempo y la persona adquiere comprensión y discernimiento al respecto de los objetivos esenciales de su reencarnación.

El adolescente y el noviazgo

En la fase de la adolescencia, la atracción sexual es portadora de alta carga de magnetismo. Surge, inesperadamente, la necesidad de intercambio afectivo, que el joven aun no sabe definir. Los intereses infantiles son superados y las aspiraciones acogidas hasta entonces desaparecen, a fin de ceder lugar a otras motivaciones, normalmente a través del relacionamiento interpersonal.

Las hormonas, madurando y produciendo las alteraciones orgánicas, también trabajan en el psiquismo, desarrollando aptitudes y deseos que antes no existían. En ese momento, los adolescentes se miran sorprendidos, observan las modificaciones externas y descubren deseos que no estaban acostumbrados. Son tomados de confusión en una primera fase, después, de inquietud, por fin, de cierta audacia, iniciándose las experiencias del noviazgo. Nos referimos al proceso natural, sin las precipitaciones propuestas por las insinuaciones, provocaciones y permisos morales de toda orden que asolan el mundo juvenil, conspirando contra su realización interior.

Estimulados por esa falsa libertad, mentalmente alertados antes de experimentar las legítimas expresiones del sentimiento, se lanzan en la excesiva búsqueda del sexo, sin ningún compromiso con la emoción, trastornándose y perdiendo la línea del desarrollo normal, paso a paso, cuerpo y mente.

Prematuramente maduros, pierden el control de la responsabilidad y pasan a obrar como autómatas, viendo, en la pareja, solo un objeto de uso momentáneo, que debe ser abandonado después de la unión, a fin de partir en la búsqueda de una nueva compañía, para atender la sed de variación promiscua y alienadora.

El noviazgo es una necesidad psicológica, parte importante del desarrollo de la personalidad y del aprendizaje afectivo de los jóvenes, ya que, en la amistad pura y simple son identificados valores y descubiertos intereses más profundos, que irán a cimentar la seguridad psicológica cuando es en el enfrentamiento de las responsabilidades futuras. Se trata de un periodo de aproximación personal, de intercambio emocional a través de diálogos ricos de idealismo, de promesas, que no siempre se cumple, pero que son parte del juego afectivo, y sueños, cuando la belleza juvenil se inspira y produce.

Las artes, en general, la literatura, la poesía, la estética descubrían en la afectividad juvenil sus verdaderas musas, que pasarán a contribuir en favor del enriquecimiento de la vida, a través de las lentes rosadas de los enamorados. Todo un mundo dorado y azul, trabajando en las estrellas y en el claro de luna, en el perfume de las flores y en los agradables atardeceres, aparece cuando los jóvenes se encuentran y despiertan íntimamente para la afectividad.

La prudencia, la ternura, la esperanza, el cariño y el encantamiento constituyen las marcas esenciales de esos encuentros bendecidos por la vida. Las dificultades parecen destituidas de significado y los problemas son teóricamente de soluciones muy fáciles,

convivando a la lucha con que se estructuran para las realizaciones más pesadas del futuro.

El desconocimiento del cuerpo y la inexperiencia de su utilización, en ese periodo, ceden lugar a un descubrimiento digno, compensador, que predispone a los relacionamientos tranquilos, estimulantes. Igualmente, en ese curso del noviazgo se identifican las diferencias de interés, de comportamiento psicológico, de atracción sexual y moral, cultural y afectiva.

El adolescente, a veces, encantador, que despierta sensualidad en los otros, en la convivencia puede presentarse frívolo, vacío de idealismo, desprovisto de belleza, que son requisitos de sustentación de los relacionamientos, y luego desaparece la atracción, que no pasaba de estímulo sexual sin mayor significado.

Cuando el noviazgo derrapa en relacionamiento del sexo, por curiosidad y precipitación, sin la necesaria madurez psicológica ni la conveniente preparación emocional, produce frustración, señalando el acto con futuras limitaciones, que pasan a crear conflictos y produce fugas, generando en el mundo mental de la pareja recelos injustificables o resentimientos perjudiciales.

No es raro que esos choques lleven a prácticas indebidas y preferencias mórbidas, que se transforman en patologías inquietantes en el área del comportamiento sexual.

Es natural que así suceda, porque el sexo es departamento divino de la organización física, a servicio de la vida y de la renovación emocional de la criatura, no pudiendo ser usado indiscriminadamente por capricho o por mecanismo de afirmación de la polaridad biológica de cada cual.

El individuo tiene necesidad de ejercer la función sexual, como la tiene de alimentarse para vivir. No obstante, esa función, porque reproductora, lleva antecedentes profundos fijados en el Espíritu, archivados en el inconsciente, que no interpretados correctamente se encargan de llevarlo a trastornos psicóticos significativos.

El periodo del noviazgo, por tanto, es preparatorio, a fin de predisponer a los adolescentes al conocimiento de sus funciones orgánicas, que pueden ser bien dirigidas y administradas sin villanía, manteniendo el alto patrón de consciencia con relación a su uso.

Las caricias se encargan de entretejer compensaciones afectivas y llenar lagunas del sentimiento, traduciendo la necesidad del compañerismo, de la conversación, del intercambio de opiniones, del intercambio de aspiraciones.

El mundo comienza también a ser descubierto y programas son delineados, en ese instante afectuoso, teniendo en vista la posibilidad de estar cerca del ser querido y con él compartir dolores y repartir alegrías.

Las dificultades y conflictos íntimos, frente a la aproximación afectiva, son debatidos y se buscan fórmulas para superarlos y resolverlos.

Uno ayuda al otro y se abren los corazones, pidiendo ayuda recíproca. Cuando eso no ocurre, hay todo un juego de mentiras y apariencias que no corresponden a la realidad, y cada uno de los novios pretende demostrar experiencias que no consolidó, y que se

encuentran en la imaginación, como consecuencia de informaciones incorrectas o de usos inadecuados, que exalta, volviéndose agresivo y primario, sin la preocupación de causar o no trauma en la pareja.

Merece considerar también, que en esa fase, el joven despierta para sus facultades paranormales, sus inseguridades y ansiedades están en desorden, propiciando, por la natural ley de causa y efecto, la aproximación de antiguos compañeros, que proceden de reencarnaciones pasadas y ahora se acercan para dar continuidad a infelices obsesiones, particularmente en el área sexual.

Gran numero de adversarios espirituales es constituido de afectos abandonados, traicionados, resentidos, infelices, que no supieron superar el drama y retornan hambrientos de pasiones negativas, buscando a aquellos que les causaron daños, a fin de vengarse, invistiendo, de ese modo, furiosos y crueles, contra quien les habría perjudicado.

Ese es un capítulo muy delicado, que no puede ser dejado al margen mereciendo análisis especial. Así, el noviazgo llena la laguna de la inmadurez y proporciona renovación psicológica y bienestar físico, sin pasiones, ni frustraciones amorosas antes de tiempo.

Lo que el adolescente espera de la sociedad y lo que la sociedad espera del adolescente

El adolescente es un ser nuevo, utilizándose del laboratorio fisiopsíquico en diferente expresión de aquella a que se acostumbró. Algunas de sus glándulas de secreción endocrina, como la pituitaria inicialmente, se encargan de secretar hormonas que caracterizan las graves y profundas alteraciones en su organización física, a fin de que, en los hombres, los testículos puedan fabricar testosterona, encargada de las definiciones sexuales masculinas.

En las niñas, los ovarios dan inicio a la labor de producir y eliminar estrógeno, que después se torna cíclico, señalando las formas de la pubertad y luego transformándose en ciclo menstrual.

Los niños igualmente experimentan una producción de estrógeno, que proviene de las glándulas suprarrenales, y contribuyen para el desarrollo de los pelos pubianos y demás alteraciones externas del conjunto genital, que se unen para anunciar la llegada de la pubertad.

Las hormonas del crecimiento, secretados por la tiroides y por la pituitaria en el periodo de la pubertad, pasan por significativa transformación y responden por el alargamiento y peso del cuerpo, también denominado estirón de crecimiento, que dura de media cuatro años, y definen su nueva estructura y forma. Ese periodo de torbellinos en el joven lo lleva a verdaderas crisis existenciales de identidad, de contestación de valores, consecuente de los cambios físicos, sexuales, psicológicas y cognitivas al mismo tiempo.

Debido a la madurez, el adolescente espera comprensión y ayuda de la sociedad, que le debe facultar campo para todos los conflictos, no refrenándolos ni corrigiéndolos, de forma que el mundo se le torne favorable área para sus experimentaciones, no siempre correctas, dando surgimiento a nuevos conceptos y nuevas propuestas de vida. Esa aspiración es justa, sin embargo, la carga es muy alta cuando los resultados se presentan funestos o dañinos, lo que normalmente ocurre, teniendo en vista que la inadecuación del joven a lo existente le impide de entender lo que sucede, no poseyendo recursos para solucionar los desafíos que surgen y a todos aguardan.

Tratándose de un Espíritu madurado por otras vivencias, el adolescente comprende que la sociedad cumple con deberes establecidos en programas vitales para el equilibrio general, no pudiendo alterarlos a voluntad, a fin de atender a las variadas exigencias de los cambios constantes que tiene lugar en el comportamiento de sus miembros.

Esos códigos, cuando son agredidos, producen reacciones que generan malestar y mayor suma de conflictos, fácilmente evitables, si ocurre una decisión que les modifique las estructuras, favoreciendo con nuevos programas de aplicación ejecutable. En caso contrario, esa transformación se opera mediante violencias que desorganizan los grupos sociales y los reconstruyen sobre los escombros, señalando la nueva mentalidad con los

inevitables traumas consecuentes de los métodos aplicados para sanear lo que era considerado sobrepasado y sin sentido.

Gracias al avance del conocimiento y a las conquistas tecnológicas, el periodo de adolescencia ha sido anticipado, particularmente en las niñas, lo que ocurre debido a la precocidad mental y de la contribución de los vehículos de comunicación de masa, proponiéndoles una variedad constante de proyectos y necesidades, que se decepcionan con la sociedad, que no está preparada para aceptar las imposiciones conflictivas de su periodo de transición. En esa inquietud de emociones y de sensaciones desconocidas, el adolescente pretende que la sociedad comparta sus experiencias y lo deje a la voluntad para atender a todos los impulsos, y, cuando eso no ocurre, se presentan los choques de generación y las agresiones de parte a parte.

Pasada la turbulencia orgánica, equilibrándose las hormonas, el individuo pasa a reconsiderar los acontecimientos juveniles y hace una nueva lectura de sus actos, reprogramándose, a fin de acompañar el proceso cultural y social en el cual se encuentra situado.

El adolescente siempre espera de la sociedad la oportunidad de disfrutar de los placeres sin definir en él mismo. Estando en crisis de identidad, no sabe realmente lo que desea, pudiendo cambiar de uno para otro momento y esto no puede ser seguido por el grupo social, que tendría el deber de abandonar los comportamientos aceptados a fin de incorporar insustentables conductas, que luego ceden lugar a nuevas experiencias.

Irreflexión, angustia, descontrol en las actitudes son naturales en el adolescente, que irá definiendo rumbos hasta encontrar un método de adaptación de sus sentimientos a los patrones vigentes y aceptados, ajustándose, por fin, al contexto que antes combatía.

La llegada de la madurez y de la razón ofrece diferente visión de la sociedad, sin embargo, los actos practicados ya produjeron sus efectos y, si fueron agresivos, los daños aguardan cambios, o por lo menos necesaria reparación.

A su vez, la sociedad espera que el adolescente se someta a sus cuadros de comportamiento establecido, muchas veces necesitados de renovación, de cambios, frente a los imperativos de la ley del progreso.

El adulto, representando el contexto social, cree que, ofreciendo al adolescente los recursos para una existencia equilibrada, educación, trabajo, religión, deportes, etc, se habrá desinteresado totalmente del compromiso, no debiéndose preocupar con nada más y aguardando la respuesta del entendimiento juvenil mediante apoyo ilimitado, cooperación constante, continuidad de sus emprendimientos.

Sería tediosa, la vida social y retrógrada, si fuese continuada sin los inevitables cambios impuestos por el progreso y trabajados por las generaciones nuevas, a veces inspiradas por el pensamiento filosófico o científico, por el idealismo de la belleza y del arte, de la religión y de la tecnología, que encuentran en los jóvenes su fuerza motriz.

Todos los grandes emprendimientos y movimientos de la Historia, surgidos en las almas luminosas de los eminentes misionarios, repercutieron en la juventud y obtuvieron la respuesta en forma de desafío para su implantación, de lo que transcurrieron las

admirables transformaciones sociales y humanas que se impusieron en la sucesión de los tiempos.

Es inevitable, por tanto, que el conflicto de generaciones, que es resultado de la imposición caprichosa de parte a parte, sea resuelto por el intercambio de ideas y comprensión de necesidades reales del grupo social y del adolescente, estableciéndose puentes de entendimiento y cooperación, para que los dos extremos se acerquen al objetivo, que es la ayuda recíproca.

La sociedad, en la condición de bloque de identificación de valores, espera que el adolescente vaya a compartir sus definiciones sin probarlas, sin experimentar su fragilidad y resistencia, lo que sería una acomodación, pero también una forma de sumisión pasiva, inviable para el ser en formación.

La propia identidad del adolescente, que está buscando rumbos, reacciona contra todo lo que encuentra hecho, terminado, y no pasó por su criba, no experimentó su participación.

El adulto de hoy se olvida de su superado periodo de la adolescencia, si es que ya ocurrió, cuando también anheló mucho y no consiguió todo cuanto le gustaría realizar, fue aguardado y no correspondió a la expectativa de sus ancestrales. No obstante, esto no implica aceptar toda imposición fuera de lugar o cualquier indiferencia mórbida por el proceso social.

Solamente una aproximación natural del adolescente, con el grupo social en tranquila integración, resuelve la cuestión que no se justifica, lima las aristas de las dificultades existentes, trabaja las diferencias de comportamiento y, juntos, avanzan en favor de un futuro mejor, donde todos estarán presentes construyendo el bien.

La violencia en el cuerpo y en la mente del adolescente

La adolescencia siempre fue considerada un periodo difícil en el desarrollo del ser humano, con más desafíos que en la infancia, creando incomodidades para el propio joven como para sus padres y todos aquellos que con él conviven.

Trescientos años antes de Cristo, Aristóteles escribió que los adolescentes son impetuosos, irascibles y tienden a dejarse llevar por sus impulsos, demostrando una cierta irritabilidad con relación al comportamiento juvenil.

A su vez, Platón desaconsejaba el uso de bebidas alcohólicas en los jóvenes antes de los dieciocho años, debido a la rápida excitabilidad de estos, él propuso: No lanzar fuego sobre fuego.

Los conceptos sobre la adolescencia siempre ganaron aceptación, particularmente cuando es de naturaleza censoria, intolerante.

En el siglo XVII, en un sermón fúnebre, un clérigo afirmaba que la juventud era como un navío nuevo lanzado al océano sin un timón, sin lastre, o piloto para dirigirlo, como resultado de una observación externa, sin profundizar, de modo que, si pudiese comprender las significativas transformaciones que se realizan en el ser en formación, obligándolo para las actitudes anti-convencionales, periodo señalado por cambios estructurales.

Esos cambios, que se realizan en la forma física, repercuten significativamente en la conducta psicológica, proponiendo diferentes relacionamientos con los compañeros, experimentando nuevos modelos educacionales, vivenciales, mientras todo él se encuentra en madurez biológica apresada, sin precedentes en su historia orgánica.

En ese periodo, comprensiblemente, surgen los conflictos de identidad, en tentativas internas de descubrir quien es y lo que vino a hacer aquí en la Tierra. Luego después le surgen las preguntas de como conducirse y cual es la mejor manera de aprovechar el periodo prometedor, sin el compromiso del futuro. Ese estado de cambios puede ser breve, en las sociedades más simples, más primitivas, o prolongado, en las tecnológicamente más desarrolladas, pudiendo darse de manera abrupta, o a través de una gradual transición de las experiencias antes vividas para las actuales desafiantes.

En todas las culturas, pues, se presenta con un carácter general de identidad: alteraciones físicas y funcionales de la pubertad, señalándole el inicio inevitable.

Las hormonas, que desempeñan un fundamental papel en la transformación orgánica y en la constitución de los elementos secundarios del sexo, igualmente interfieren en la conducta psicológica, haciendo resucitar problemas que se encontraban adormecidos en el inconsciente profundo, en la memoria del Espíritu reencarnado. Esto porque, la reencarnación es una oportunidad de recuperación y de adiestramiento para desafíos siempre mayores en relación con el sí, en la conquista de la inmortalidad.

En la adolescencia, debido a las transformaciones variadas, antiguos vicios y virtudes se colocan como tendencias y se manifiestan, exigiendo orientación y comando, a fin de ser evitados nuevos y más graves cometidos morales perturbadores.

Localizada en la base del cerebro, la hipótesis tiene importancia especial en la propuesta del desarrollo de la pubertad.

Sus hormonas permanecen inhibidas hasta el momento que sucede una madurez de las células del hipotálamo, que le envían señales específicas, a fin de que los libere. Tal fenómeno ocurre en diferentes edades, nunca siendo en el mismo periodo en todos los organismos. Esas hormonas son portadoras de una carga muy fuerte de estímulos sobre las demás glándulas endocrinas, particularmente la tiroides, la adrenal, los testículos y los ovarios, que pasan a producir y activar los suyos propios, responsables por el crecimiento y por el sexo.

Surgen, entonces, los andrógenos, los estrógenos y las progesteronas, estas últimas responsables por el embarazo. En el metabolismo general, todos ellos interactúan de forma que proporcionen el desarrollo físico y fisiológico simultáneos. En ese periodo de transformaciones orgánicas acentuadas, el adolescente, no pocas veces, se siente extraño en si mismo. Las alteraciones experimentadas son tan destacadas que él pierde el contacto con su propia realidad, partiendo entonces para el descubrimiento de su identidad de forma extraña, inquieta, generando disturbios que se pueden acentuar más, en el caso que no encuentre orientación adecuada e inmediata.

Debido a la dificultad de identificación del si, el joven tiene necesidad de ajustarse a la imagen de su cuerpo deteniéndose en los aspectos físicos, sin una percepción correcta de la realidad, lo que lo lleva a conclusiones equivocadas, a respecto del ser amado o no, atrayente o repulsivo, por falta de una capacidad real para la evaluación.

En las niñas, el ciclo menstrual surge de la forma desafiadora y casi siempre causa sorpresa, reacción perjudicial, cuando no están preparadas, por ignorar que se trata de un reajuste fisiológico, al mismo tiempo símbolo de madurez sexual.

La desorientación puede dejar señales negativas en su comportamiento, particularmente sensaciones físicas dolorosas, rechazo e irritabilidad, en el área psicológica, después de la primera menstruación.

Otras secuelas pueden ocurrir en la pre o en la pos-menstruación, exigiendo terapia propia. Los chicos, a su vez, si no esclarecidos, pueden ser sorprendidos con los fenómenos sexuales espontáneos, como la erección incontrolada y las eyaculaciones desconocidas. En esa fase ellos viven un espacio en el cual todo puede tomar características de manifestación sexual: olor, sonido, lenguaje, recuerdo...

No sabiendo aun como administrar esas manifestaciones espontáneas del organismo, se perturban y se descontrolan con relativa facilidad. Ciertamente, los jóvenes de la actualidad se encuentran mucho más informados que los otros de las generaciones pasadas, no obstante, esos conocimientos están muy distorsionados en la mente juvenil, lo que perturba a aquellos de formación tímida o portadores de cualquier disturbio aun no definido.

La cuestión de la madurez sexual en los jóvenes no tiene periodo demarcado, pudiendo ser precoz o tardía, que resulta en estados de aprensión o desequilibrio, inseguridad o audacia, dependiendo de la personalidad, en el caso, del Espíritu reencarnado con el patrimonio de los méritos y deudas.

La madurez psicológica se hace, en esa ocasión, con mayor rapidez que en la infancia. Hay cambios cognitivos muy fuertes, que desempeñan un papel crítico para el joven cuidar de las demandas educacionales, sociales, vocacionales, políticas, económicas, siempre cada día más complejas.

Las alteraciones en los relacionamientos, entre padres e hijos, proponen necesidad de mayor intercambio en el hogar, a fin de proporcionar un desarrollo psicológico saludable, como intelectual, equilibrado.

Otra cuestión muy significativa del momento de la adolescencia es el conflicto entre lo real y lo posible, experimentado por el joven en transición. Al constatar que lo real le deja mucho que desear, porque se encuentra en un periodo de enriquecimiento psíquico, se torna rebelde y se trastorna, lo que no deja de ser una característica transitoria de su comportamiento.

La armonía que se debe establecer entre lo físico y lo psíquico, liberando al adolescente de la violencia existente en su mundo interior, será conseguida a esfuerzo de trabajo, de orientación, de vivencias morales y espirituales, lo que demanda tiempo y madurez, comprensión y ayuda de los adultos, sin imposiciones absurdas, generadoras de otras agresiones.

La vida social del adolescente

En el periodo de la adolescencia, la vida social gira en torno de los fenómenos de transformación que afectan el comportamiento juvenil. Así, la preferencia del joven es por otro de la misma franja de edad, sus juegos son perteneciente a las ocurrencias que les están sucediendo en el día a día. Hay abrupto cambio de interés, y por tanto, de compañías, que se tornan imperiosos para la formación y definición de su personalidad.

No más él se complace en los encantamientos anteriores, en las colecciones infantiles que le eran agradables, ni tampoco en las aspiraciones que antes lo mantenían preso al hogar, al estudio o a los deportes hasta entonces preferidos. Es cierto que existen excepciones, pero, lo normal es la alteración de conducta social, frente a la necesidad de afirmación de la masculinidad o feminidad, del descubrimiento de las ocurrencias que lo afectan y de como orientar el rumbo de las aspiraciones que ahora pueblan su pensamiento. Su socialización depende, de alguna forma, de relativa independencia de los padres, de ajustes a la madurez sexual y de los relacionamientos cooperativos con los nuevos amigos que atraviesan el mismo estadio.

Para conseguir ese desafío, el joven tiene necesidad de programar y desarrollar una forma de filosofía de vida, que lo llevará a descubrir la propia identidad. Para ese desarrollo él necesita saber quien es y lo que debe hacer, de manera que se pueda empeñar en la realización del nuevo proyecto existencial.

Los padres, a su vez, no deben impedir ese proceso de liberación parcial, contribuyendo incluso para que el joven encuentre aquello a qué aspira, pero de forma indirecta, a través de diálogos tranquilos y amigables, sin la superioridad habitual característica de la edad, facultando más amplia visión en torno de lo que puede ser mejor para el desarrollo del hijo, que debe caminar independiente, liberándose del cordón umbilical restrictivo. Ese fenómeno es inevitable y cualquier tentativa de restricción resulta en desastre en el relacionamiento, lo que es un inconveniente.

Los padres deben comprender que su actitud ahora es de compañerismo, cuya experiencia debe ser puesta a servicio del alumno de forma gentil y actualizada, porque cada tiempo tiene sus propias exigencias, no siendo compatible con el fenómeno del progreso el paralelismo entre el pasado y el presente, desde que son muy diferentes las imposiciones existenciales de cada época.

El desarrollo social del joven es de relevante significado para toda su vida, ya que, aquellos que no consiguen el emprendimiento, caen en el uso del alcohol, de las drogas, en la delincuencia, como fuga de su realidad conflictiva. Un gran numero de adolescentes, sin embargo, que tienen dificultad de esa realización, cuando son bien dirigidos consiguen, aunque con esfuerzo, tornarse pleno en el grupo social. Todos aquellos que quedaron atrás corren el riesgo de recorrer las sendas del desequilibrio, del vicio, de la criminalidad. Ese desarrollo debe ser acompañado de una alta dosis de autoconfianza, que comienza con la gradual liberación de la dependencia de los padres, antes encargados de todas las actitudes y definiciones, que ahora van siendo dirigidas

por el propio alumno, naturalmente bajo la vigilancia gentil de los padres, para que madure en sus aspiraciones sexuales seguras, en la preferencia por los compañeros más saludables y dignos, en la identificación del yo profundo, lo que quiere de la vida y como irá a conseguirlo.

La vocación comienza a aparecer en esa fase, llevando al joven a integrarse en su mundo, donde le es posible desarrollar lo que aspira, sin la obligación de atender a una profesión que fue establecida por los padres sin que él tenga ninguna tendencia o afinidad para con la misma.

La cuestión de la independencia del joven en el contexto doméstico, en ese periodo, no es simple, porque la familia da seguridad y comprensión, trabajando, sin embargo, aunque de forma inconsciente, para que él pierda la oportunidad de definir la personalidad, tornándose parásito del hogar, peso inevitable en la economía de la sociedad que de él espera esfuerzo y lucha para el continuo crecimiento. En ese sentido, otra dificultad consiste en la selección de los amigos, particularmente cuando estos se presentan como modelos prefabricados por los medios: músculos, exhibicionistas, sin aspiraciones relevantes, sensuales y vacíos de significado psicológico, de sentido existencial. Otras veces aquellos que se imponen por la violencia y parecen disfrutar de privilegios conseguidos mediante la prostitución de los valores éticos por los comportamientos alienados. O aun a través de la cultura underground, promiscua y venal, que es exhibida por líderes de masas, totalmente destituido de objetivos reales, asumiendo posturas y comportamientos exóticos, que llaman la atención para esconder la ausencia de otras necesidades y que conspiran contra el desarrollo de la propia sociedad.

Son presentados por los medios como especímenes extraños de la fauna humana, atormentados y agresivos, produciendo resultados satisfactorios, porque ofrecen renda financiera a los promotores de los espectáculos de la insensatez...

Se tornan ridículos y pierden el sentido del equilibrio, caricatos e irreverentes, en tristes procesos psicopatológico o víctimas de extrañas obsesiones que atormentan sin término...

Los padres siempre desempeñarán un papel relevante en la vida de los hijos, particularmente en el momento de su socialización. Si fuesen personas sociables, equilibradas, portadoras de buenos relacionamientos humanos, se van tornando paradigmas de seguridad para los hijos que, igualmente acostumbrados al sentido de armonía y de felicidad doméstica, elegirán aquellas que les sean semejantes y formarán su grupo dentro de los mismos patrones familiares, salvando los intereses de la edad.

Todo joven aprecia ser amado por los padres y disfruta esa afectividad con mucho mayor intensidad de lo que demuestra, constituyéndole seguridad, que pasa adelante en forma de relacionamiento social agradable.

Cuando la convivencia en el hogar es caracterizada por los roces y discusiones sin sentido, su visión es de que la sociedad padece de la misma hipertrofia de sentimientos, armándose de forma para evitar su interferencia en sus intereses y búsquedas de realización personal. En consecuencia, se torna hostil a la socialización, en virtud de los

recuerdos desagradables que conserva del grupo familiar, que pasa, en su imaginación, como siendo semejante al medio social que irá a enfrentar.

El joven es convidado, por sí mismo, a la demanda de transformarse en un adulto capaz, que enfrente las situaciones difíciles con equilibrio, que inspire confianza, que sea portador de una autoimagen positiva.

Incluso cuando se torna independiente de los padres, preserva la satisfacción de saber que es amado y acompañado a distancia, teniendo la tranquilidad de la certeza que su existencia no es destituida de sentido humano ni de valor positivo para la sociedad. Si eso no ocurre, él se hace competitivo, desagradable, mezquino e inseguro, buscando otros equivalentes que pasan a agruparse en verdaderas hordas, porque el fenómeno de la socialización continúa en predominancia en su naturaleza, solamente que, ahora, de forma negativa.

La socialización del joven es un proceso de largo curso, que se inicia en la infancia y debe ser acompañada con mucho interés y cuidado, a fin de que, en la adolescencia, ese desarrollo no se haga traumático ni desequilibrante.

¿Adolescencia, edad crítica? Crisis de identidad

En la adolescencia, la conquista de la identidad es muy relevante y relativamente compleja.

Fase de cambios bajo todos los aspectos, al joven parece confuso distinguir cual, quien o como es el verdadero yo. Igualmente, delante de tantos papeles para desempeñar en la sociedad, es por él iniciada una búsqueda en la tentativa de encontrar su identidad en el conjunto, aquella que mejor se ajuste a su escala de conceptos.

La identidad es el resultado de los valores que facultan la percepción de yo, separado y diferente de todos los demás, que esté en equilibrio y continúe integrado, permaneciendo, a través de los tiempos, como siendo lo mismo, pudiendo ser conocido por las demás personas y descubriendo como los otros son, lo que constituye sentido global de caracterización del ego.

Cualquier influencia que perjudique esta autopercepción genera confusión de identidad, problemas para conseguir la participación, la integración y la continuidad de la construcción de la autoimagen.

El concepto de identidad varía de pueblo para pueblo, diferenciando mucho el de los orientales en relación con los occidentales, debido a las diferentes culturas y herencias históricas. En todas ellas, sin embargo, la persona debe percibirse consistente, distinta, y hasta cierto punto independiente de las demás.

En el periodo de la adolescencia esa búsqueda se torna rechazo, porque el joven se preocupa mucho con la apariencia, en relación con lo que los otros piensan, de cierto modo rompiendo con el pasado y definiendo los rumbos del futuro. Surgen, entonces, las identidades individual y grupal o colectiva.

Dependiendo del estado psicológico del adolescente, él puede destacarse, surgiendo con sus caracteres propios, o perderse en el grupo, identificándose con la manera masiva de presentación, normalmente como rebeldía contra el estatus.

Para conseguir su identidad individual, personal, el joven depende mucho de sus posibilidades cognitivas, que le presentan los recursos de diferenciación de los demás y le ofrecen las resistencias para emprender la tarea de fijación de esos valores en un todo armónico, desarrollando sus compromisos personales, sexuales, ocupacionales, culturales etc. Hay, naturalmente, muchos impedimentos para que ese fenómeno acontezca con el éxito que sería de desear.

Uno de ellos es la interrupción del proceso de construcción de la identidad, que puede acontecer de forma para definir, prematuramente, la autoimagen, que irá a perturbar la caracterización de otros valores y recursos que trabajan por la autodefinición, por la autorrealización.

Su escala de comprensión es deficiente y se estructura en la manera por la cual los otros lo ven, permitiéndose ceder ante presiones, tornándose así persona-espejo, reflejando otras imágenes y no su propio sí.

Casi siempre, el joven que sufre ese tipo de impedimento encuentra en los padres, especialmente en el padre, cuando del sexo masculino y, en la madre, cuando del sexo femenino, una identificación muy fuerte que le impide de ser libre, no sabiendo responder adecuadamente cuando es enfrentado con deberes desafiantes, actividades exigentes y comportamientos inesperados. Otros, también enfrentados con los problemas y desafíos de los cambios que en ellos se realizan, pierden el sentido de identidad, no liberándose de las vinculaciones anteriores, no consiguiendo encontrarse, o desligándose de la familia, del grupo social, del país, y siendo víctima de una adaptación enferma, que se prolonga indefinidamente, sin capacidad para relacionamientos duraderos, para actitudes normales, para las expresiones de lealtad y de afecto.

Muchas veces, ese conflicto, esa dificultad de identificación, puede ofrecer mayor madurez al joven, en el futuro, porque trabaja en favor de su selección de valores y de contenidos, adquiriendo mayor capacidad creativa, mejor manera de elaborar ideas y de caracterizar definiciones, de que los otros que precipitadamente se establecieron en determinados requisitos que eligieron forma de identidad.

Los jóvenes, igualmente experimentan dificultad en establecer los patrones que la constituyen y esos varían mucho de acuerdo con los relacionamientos domésticos, valores religiosos, familiares, sociales, económicos, culturales y subculturales e incluso los constantes cambios sociales, que trabajan contenidos diferentes. Alguna confusión, por tanto, en ese periodo, puede redundar saludable para la formación de la identidad del adolescente, sin el exagero de un trastorno prolongado.

Otro factor que merece análisis es el de la identidad sexual. Hay jóvenes que luego definen y aceptan su naturaleza esencial, masculina o femenina. En esa oportunidad surgen los conflictos más fuertes del transexualismo y del homosexualismo, algunos de ellos como resultado de factores genéticos, trabajados por el Espíritu en la constitución del cuerpo a través de la reencarnación, que se utilizó del periespíritu para modelar la forma orgánica, otros como efecto de la conducta familiar o social y, otros más, aun, por la necesidad de ser trabajada la sexualidad como directriz preponderante para la adquisición de recursos más elevados y difíciles de ser conquistados.

Cuando esa identidad sexual es prematura, el adolescente sufre de un efecto solo biológico, sin preparación psicológica para el comportamiento algo estresante. Cuando atrasada, reacciones igualmente psicológicas pueden llevar a una hostilidad al propio cuerpo como al de los otros.

La identificación sexual del individuo equilibrado se hace definir cuando se armonizan la expresión biológica, anatómica, con la psicológica, expresándose de forma natural y progresiva, sin los choques de la incerteza o de la incapacidad comportamental delante de la realidad del fenómeno sexual.

Una identidad madura le proporciona una buena dosis de autoestima, de tolerancia con relación a las demás personas, de afectividad sin perjuicios emocionales, de

comportamiento sin estereotipo, de lucidez que facilita enfrentar desafíos con naturalidad. Así, la adolescencia es una edad crítica, al respecto del proceso de adaptación y definición de concepto, de comportamiento, de realidad.

Para el adolescente, el mundo parece hostil, agresivo, con patrones difíciles de ser alcanzados, y que lo amenazan.

Sintiéndose diferente a las demás personas, lucha, interiormente, para reconocer como reaccionar y cuáles son los recursos de que dispone, para colocar a servicio de su realización personal. Por otro lado, muchas culturas consideran al joven como un rebelde, egoísta, agresivo, equipándose de conceptos que exigen del joven sumisión y dependencia, dificultándole el acceso a oportunidades de trabajo, de creación, de realización personal, porque aun no está definido, ni posee experiencia...

Convéngase que experiencia es resultado de la habilidad adquirida mediante el desempeño del trabajo, y solamente será conseguida si es facultada la oportunidad de realización.

Ese choque entre lo viejo y lo nuevo constituye un desafío para ambos si afinan, adaptándose el joven al contexto social, sin abdicación de sus valores, como también de la inútil lucha agresiva contra lo que depara, pero trabajando para el cambio de los paradigmas; y al adulto cabe la aceptación de que la vida es una constante renovación e ininterrumpido cambio, rico de transformación de conceptos que avanzan para el sentido ético elevado y liberador, en el cual las criaturas se encontrarán felices y unidas.

Influencia de los medios en el proceso de identificación del adolescente

En un mundo que, a cada instante, presenta cambios significativos, el proceso de identificación del adolescente se hace más desafiador, debido a las diferencias de patrones éticos y comportamentales.

Los modelos convencionales, vigentes, para él, son pasibles de críticas, debido al conformismo que predomina, y aquellos que son presentados traen muchos conflictos incrustados, que perturban la visión de la realidad, no siendo aceptados de inmediato.

Todo, en torno al joven, se caracteriza por medio de formas de inquietud e inseguridad. En el hogar, las imposiciones de los padres, no siempre equilibrados, dirigidos por caprichos e intereses, muchas veces, mezquinos, empujan al joven, desestructurado aun, para la convivencia de colegas igualmente inmaduros. En otras circunstancias, padres irresponsables transfieren los deberes de la educación a trabajadores remunerados, ignorando las necesidades reales de los hijos, y presentándose más abastecedores de equipamientos y recursos para la existencia que, de personas afectuosas e interesadas en su felicidad, dan margen a sentimientos de rencor o de inmediatez contra la sociedad que ellos representan. Además, en las familias conflictivas, por dificultades financieras, sociales y morales o todas simultáneamente, el adolescente es obligado a una madurez precipitada, dirigiendo su interés exclusivamente para la sobrevivencia de cualquier forma, considerando la situación de miseria en la cual se enfrenta.

He ahí un caldo de cultura fértil para la proliferación de desequilibrios, expresándose en los más variados conflictos, que pueden llevar a la timidez, al miedo, a las fugas terribles o a la agresividad, a la falta de respeto de los patrones éticos que el joven no comprende, porque no los experimentó y de ellos solamente conoce las expresiones groseras, resultado de las interpretaciones enfermas que les son presentadas.

La suma de aflicciones que lo asalta es grande, lo aturde, trabajando su mente para los estereotipos convencionales de desgarrados, indiferentes, rebeldes, dependientes, que encuentra en todas partes, y cuyo comportamiento de alguna forma le parece atrayente, porque despreocupado y vengativo contra la sociedad que aprende a desconsiderar. En ese contubernio de observaciones atormentadas, los medios, desde los primeros días de su infancia, van ejerciendo sobre él una influencia destacada y creciente. De un lado, en el periodo lúdico, le ofrece numerosos mitos electrónicos, agresivos y crueles en nombre del mal que inviste contra el bien, representados por otros seres de diferentes planetas que pretenden salvar el universo, utilizándose, también de la violencia y de la astucia, en guerras de exterminio total.

Aunque la prevalencia del ídolo representativo del bien, las imágenes alucinantes del odio, de la perversidad y de las batallas interminables plasman en el inconsciente del niño mensajes de destrucción y de rencor, de miedo y de inseguridad, de fascinación e interés por esos personajes míticos que, en su imaginación, adquieren existencia real.

Otros modelos de la formación de la personalidad infantil, presentados por los medios, tiene como característica la belleza física, que va siendo utilizada como recurso de

crecimiento económico y profesional, casi siempre sin escrúpulos morales o dignidad personal.

El pódium de la fama es normalmente por ellos logrado a expensas de la corrupción que brota en determinados lugares en los medios de comunicación de masas. Es inevitable que el concepto de dignidad humana y personal, de la armonía íntima y de consciencia sea totalmente desfigurado, empujando al joven para el campeonato de la sensualidad y de la sexualidad promiscua, en cuyo campo puede surgir oportunidad de triunfo... triunfo de la apariencia, con tormentos íntimos sin cuenta.

La gran importancia que es dada por los medios al crimen, en detrimento de los pequeños espacios reservados a la honradez, al culto del deber, del equilibrio, estimula la mente juvenil a la aventura pervertida, irguiendo héroes-bandidos, que se vuelven célebres con la rapidez de un rayo, que ganan sumas importantes y las lanzan fuera con la misma facilidad, excitando la imaginación del adolescente. Aun, en ese capítulo, la super-valorización de determinados ídolos de los deportes, de algunas artes, aunque todos sean dignos de consideración y respeto, condenan el interés por los estudios y por la cultura, por el trabajo honesto y su continuidad, dejando en vano perspectivas que vale la pena invertir toda la existencia en la búsqueda de esos mecanismos de promoción que, incluso alcanzados tardíamente, compensan toda una vida terrena. Esa paradoja de valores, naturalmente, le afecta el comportamiento y la identidad.

Es evidente que los medios también ofrecen valiosos instrumentos de formación de la personalidad, de la conquista de recursos saludables, de oportunidades iluminativas para la mente y engrandecedoras para el corazón.

Lamentable, solamente, que los espacios reservados al lado ético y dignificante del pensamiento humano, propio para la formación de la identidad noble de los adolescentes, sean demasiado pequeños y no siempre en forma de propuestas atrayentes, en la televisión, por ejemplo, en horarios nobles y compatibles, como una eficiente contribución para el aprendizaje superior.

Las emociones fuertes siempre dejan marcas en el ser humano, y en los medios es, esencialmente, un vehículo de emociones, particularmente en su aspecto televisivo, consonante se informa que una imagen vale más que millares de palabras, lo que, de cierto, es verdad. Por eso mismo, su influencia en la formación y en la estructuración de la personalidad, de la identidad del joven es relevante en estos días de comunicación rápida.

Las escenas de violencia, asociadas a las de libertinaje, a las de super-valorización de individuos extravagantes y conductas reprochables, de palabreado grosero y de apariencia vulgar o agresiva, con aplauso para la idiotez en caricatura de ingenuidad, despiertan, en el adolescente, por originales y perversas, un gran interés, transformándose en modelos aplaudidos y aceptados, que luego son copiados.

Es hasta incluso disculpable que, en el área de las diversiones, se presenten esos biotipos extraños y alienados, pero sin que sean llevados a la humillación, al ridículo... Lo desconcertante es que abundan por todos los lados y algunos de ellos se hacen líderes de auditorios, vendiendo incontables números de copias de sus grabaciones y

cerrando los espacios que podrían ser ocupados por otros valores morales y culturales, que quedan al margen, sin oportunidad.

Falta originalidad en los modelos de comunicación, que se van repitiendo desde hace décadas, señalados por los mismos contenidos de vulgaridad y insensatez, manteniendo la cultura en bajo nivel de desarrollo.

Esa influencia perniciosa, que los medios van ejerciendo en los adolescentes, como ocurre con los adultos y niños también, estimulándolos para el lado más agitado y perturbador de la existencia humana, puede alterarse para la edificación y el equilibrio, en la medida que la criatura despierte para la construcción de la sociedad del porvenir, cuidando de la juventud de todas las épocas, en la cual reposan las esperanzas en favor de la humanidad más feliz y más productiva.

Relacionamientos del adolescente fuera del hogar

En estos días de rápidos cambios en el mundo, sociales, económicos, psicológicos, morales y culturales, incluso los adultos experimentados sufren dificultades de adaptación.

La celeridad de los acontecimientos, las ocurrencias imprevistas, las transformaciones radicales sorprenden a todos, imponiendo aceptación y adaptación aparentes, sin que ocurra la comprensión de lo que sucede, facultando la absorción de esos fenómenos perturbadores. Debido a eso, cada criatura se preocupa con la propia realidad, raramente disponiendo de espacio mental y emocional para otro, sea la pareja, el familiar, el amigo...

Creando un círculo de relacionamiento superficial, evita profundizar los vínculos de la afectividad fraternal, porque se encuentra señalado por el acondicionamiento del placer sexual, como si todas las expresiones del sentimiento debiesen convertirse en un comportamiento de esa naturaleza.

Los intereses mezquinos en predominancia asustan, y cada cual procura defenderse de la agresión innecesaria del otro, de la competición cruel y deshonesta de su prójimo, que desea tomar su lugar, utilizándose de recursos innobles, desde que triunfe...

Justificándose preservación de la identidad, de la intimidad, cada individuo busca prevenirse de los demás y refugiarse en el egoísmo, disfrazando socialmente sus conflictos y procurando conquistar o mantener el lugar que le parece constituir una meta, como forma de realización personal.

La familia que se debería presentar con armonía, por falta de estructura de los padres, principalmente, que se encuentran aturdidos en los propios conflictos, se transforma en un campo de choque emocionales, en los cuales los hijos se tornan las víctimas inmediatas.

Inseguridad, miedo, tormento, llenan de conflictos las mentes en formación, y la falta de amparo afectivo de los padres lanzan a los jóvenes en busca de otras experiencias y otros patrones que sean compatibles con las necesidades que experimentan.

No encontrando, en el hogar, la comprensión o la amistad segura, buscan en los amigos, igualmente inestables y sin formación ética, el relacionamiento, el entendimiento, el lenguaje para la convivencia, ahorrándose el drama de la soledad, de la apatía, de la depresión. Por otro lado, debido a la necesidad de la conquista de identificación personal, fuera de los patrones impuestos por la familia, así como de la afirmación sexual, desconfían de los valores adoptados en el hogar, buscando relacionamientos que compatibilicen con sus aspiraciones, formando grupos de afinidad ideológica y comportamental.

En el hogar, a veces, padres indiferentes a sus problemas, o dominadores, que no respetan sus transiciones fisiológicas y psicológicas, frustran sus ideales y los tornan incapaces para una existencia madura, armónica y responsable.

La afirmación del “sí” lleva al joven a enfrentar las barreras domésticas impeditivas, los factores agresivos y desequilibrados, presentándose como rebelde y violento; a través de esa conducta rompe las cadenas que le parecen aprisionar en casa.

En otras veces, una aparente resignación asfixia la rebeldía natural que le brota en el íntimo, haciéndole melancólico más tarde, servil, receloso, despersonalizado, que para sobrevivir en la sociedad se adapta a todas y cualquier circunstancia, sin nunca realizarse.

Tornándose taciturno, tiende a patologías conflictivas de trastorno neurótico como psicótico, gracias a las frustraciones que no sabe digerir, interiorizándose y tomando horror por la sociedad, que le representa el grupo social del hogar turbulento e inestable donde vive.

Los jóvenes de la década de los años cincuenta fueron denominados generación silenciosa, víctimas de la Segunda Guerra Mundial, de los disturbios emocionales y sociales de la Guerra Fría y de las incertezas proporcionadas por los muchos conflictos localizados en diferentes países, particularmente en el sudeste de Asia, en un periodo en el cual aparentemente, el mundo estaba en paz...

Esos conflictos generales se reflejan en la inseguridad que predominaba en la sociedad, en los gobiernos, en las Instituciones, siendo absorbidos por los jóvenes que, no sabiendo como lidiar con la alta carga de emociones desordenadas, silenciaron, buscaron refugio en el mundo íntimo, asumiendo postura sombría, sin expectativa de triunfo, sin solución de fácil o significativa conquista.

En la década siguiente, la de los sesenta, frente al desgobierno reinante en los países del denominado Primer Mundo y a las constantes amenazas de destrucción que flotaba en el aire, en todas partes, surgió la generación del desespero, del consumo de drogas alucinógenas, adictivas, de la música ensordecedora que expresaba su rebeldía, de la pintura agresiva, del sexo desvariado.

La soledad vivida por los jóvenes los llevó a formar tribus, a realizar espectáculos de música desesperada, de promiscuidad comportamental, de agresividad, dando nacimiento al periodo hippie...

La socialización de la criatura humana, cuando no se da en alto patrón de equilibrio, tiende a hacerse perturbadora, sin estructura ética, cayendo en el desvarío que lo lleva a la delincuencia, porque el hombre y la mujer son intrínsecamente animales sociales.

Se torna urgente la reestructuración de la familia, que nunca será una institución fallida, porque es la piedra angular de la sociedad, el primer grupo donde el ser experimenta el regalo de la convivencia, de la seguridad emocional, de la experiencia moral.

Es comprensible, por tanto, que el adolescente realice la búsqueda de nuevos relacionamientos fuera del hogar, sean ellos conflictivos o no, dependiendo de la tendencia de este, de sus aspiraciones y afinidades, donde experimentará la autorrealización, dando inicio al futuro círculo social de amigos en el cual se moverá.

Hay, en todas las criaturas, y en el joven especialmente, necesidad de nuevas experiencias, que no tengan lugar en la familia, y el grupo humano es el gran y oportuno

laboratorio para las pesquisas y vivencias que irán a completar su desarrollo y madurez social, moral y emocional. No sea, pues, de sorprender, que el adolescente parezca huir del hogar para la calle en busca de nuevos relacionamientos.

Cuando la familia le ofrece seguridad y comprensión, él amplía su grupo de relaciones sin rupturas domésticas, añadir a otras personas de la misma franja etaria y aspiraciones idénticas, que convivirán en armonía y progreso, sin clima de fuga o de agresividad. Ese es un paso decisivo para la estructuración del carácter, de la personalidad y de la madurez del adolescente, que se desarrolla, para el mundo en constantes cambios de manera saludable y equilibrada.

Estimular su desarrollo en la creación de grupos de sano relacionamiento social es tarea que compete a los padres también, en beneficio de una formación equilibrada en el área del comportamiento de los hijos.

El ser y el tener en la adolescencia

Al principio, en el conflicto que surge con la adolescencia, el joven no se preocupa, normalmente, con la posesión ni con la realización interior, frente a las llamadas externas que lo convocan a tener conocimiento de todo cuanto lo rodea.

Viviendo antes en un mundo especial, cuyas fronteras no iban más allá de los límites del hogar y de la familia, en lo máximo de la escuela, se rompen, ahora, las barreras que lo detenían, y surgen un campo inmenso, ahora fascinante, ahora asustador, que él debe conocer y conquistar, a fin de situarse en el contexto de una sociedad que se le presenta extraña, caprichosa, señalada por costumbres y actitudes que lo sorprende.

Sus pensamientos primeros son de someter todo a una nueva orden, en la cual se sienta realizado y dominador, alzado a la categoría de líder reformista, que altere el paisaje vigente y le de nuevos contornos.

Lentamente, a la medida que se va adaptando a los factores predominantes, percibe que no es tan fácil realizar los cambios que pretendía imponer a los otros, y se ajusta al “modus operandi” existente, o construye para las necesarias y oportunas alteraciones, por que pasan los diferentes periodos de la cultura y del comportamiento humano.

Observando que la sociedad contemporánea se basa mucho en el poder y en el tener, predominando los valores amonedados y las posiciones de destaque, en una competitividad cruel y deshumana, es tomado por el ansia de juntar recursos para triunfar y programar el futuro de orden material.

No le ocurren las necesidades espirituales, las de naturaleza ético-moral, porque todo le parece un enfrentamiento de oportunidades y de poderes que entran en choque, hasta que haya predominancia del más fuerte.

Por otro lado, se da cuenta de la rapidez con que pasa el carro del triunfo y procura disfrutar al máximo, inmediatamente, toda la cota posible de placer y de destaque, temiendo el futuro, frente al ejemplo de aquellos que ayer estaban en el ápice y ahora, después de la caída producida por la realidad, se encuentran olvidados, perseguidos o despreciados.

Solamente algunos adolescentes, más maduros psicológicamente, que proceden de hogares equilibrados y saludables, despiertan para la adquisición de los valores íntimos, de la conquista del conocimiento, de los títulos universitarios con los cuales esperan abrir las puertas de la victoria más tarde. Así, se empeñan en la búsqueda de los tesoros del saber, de las experiencias evolutivas, de las realizaciones de crecimiento íntimo, luchando con desenvoltura en favor de la autoperfeccionamiento y de la autoafirmación, en el mundo de contrastes y desaires.

En esos jóvenes, el ser tiene un gran significado, porque hace florecer las necesidades íntimas que están durmiendo y aguardan ser convocados para aplicación y vivencia.

En ese sentido, no es necesario ser superdotado. Es incluso común encontrar jóvenes con menos elevado QI, que consiguen por la perseverancia, por el ejercicio, la victoria sobre los impedimentos a su progreso, mientras otros más bien dotados se dejan vencer por los desajustes, sin el empeño de superar las dificultades.

Porque reconocen las facilidades de aprendizaje, menosprecian el esfuerzo que debe acompañar todo trabajo de adquisición de cultura o cualquier otro recurso evolutivo, perdiendo las excelentes oportunidades que encuentran, no venciendo la barrera del desafío para el crecimiento.

Permanecen con el patrimonio intelectual sin el conveniente desarrollo o, cuando lo realizan, derrapan para la delincuencia, aplicando los tesoros de la mente en la acción equivocada de los triunfos de mentira.

El esfuerzo para tener surge con las motivaciones de crecimiento intelectual y comprensión de las necesidades humana en favor de la sobrevivencia, de la construcción de la familia, de la distinción social, de las esperanzas de disfrutar goces naturales en forma de fiestas y recreaciones, de juegos y placeres, proyectando las expectativas para la vejez, que esperan conseguir tranquila y confortable.

El tener, pasa a significar el esfuerzo por el conseguir, por el acumular, reuniendo monedas y títulos que facilitan el movimiento por las diferentes áreas del relacionamiento humano. Esa ambición, perfectamente justa y comprensible, de naturaleza previdente y lógica, puede tornarse, sin embargo, el objetivo único de la existencia, llevando al desespero y a la insatisfacción, porque la posesión solo libera de preocupaciones específicas, pero no armoniza al ser interiormente.

No pocas veces, el poseer se hace acompañar del miedo de perder, generando celos injustificables y neurotizantes. La verdadera madurez psicológica del ser le proporciona visión optimista de la vida, ayudándolo a tener sin ser poseído, en disfrutar sin esclavizarse, en disponer hoy y buscar mañana, no constituyéndole motivo de aflicción y recelo de la pérdida, de la pobreza, porque reconoce que todo transita, yendo y volviendo, raramente permaneciendo por tiempo indeterminado, ya que la vida física es igualmente transitoria, inestable.

La verdadera sabiduría enseña que se puede tener, sin dejar de lado el esfuerzo por ser autosuficiente, equilibrado, poseedor no poseído, identificado con los objetivos esenciales de la experiencia carnal, que son la inmortalidad, el progreso, el desarrollo de si mismo con vistas a su liberación de la carne, lo que ocurrirá, sin ninguna duda, y, en el momento propio, al encontrarse equipado de recursos para la armonía.

Los patrones del capitalismo siempre imponen tener más, mientras que los del consumismo exponen suplir las necesidades básicas bajo la regencia del Estado, que es siempre impiedoso y sin sentimiento, porque tiene un carácter empresarial y nunca un sentido de humanidad.

El joven, aun indeciso en las actitudes a tomar, no se da cuenta del significado de ser lúcido y feliz, teniendo y dejando de tener, libre para aspirar lo que mejor le agrada y realizarse interiormente, disfrutando de los bienes de la vida sin esclavitud, sin alucinación.

Cuando el individuo es más él mismo, identificado con su realidad espiritual, consume menos, vive mejor, crece y madura más, superando los desafíos con optimismo y produciendo siempre con los ojos puestos en el futuro. Para ese cometido, es necesario que, desde temprano, en la adolescencia, sea elaborada una escala de valores, a fin de definir cuales son los de importancia y los secundarios, de tal modo que la suya sea una propuesta de vida realizadora y eficiente.

Cuando desea tener más y se fatiga por conseguir siempre los lucros de todos los emprendimientos, la suya es una existencia frustrada, ansiosa, sin justificativa, porque la sed de poseer lo atormenta y lo deja siempre insatisfecho, porque ve aquellos otros que están por delante y le hacen sombra en la realización como criatura triunfadora en el mundo. Esa ambición igualmente tiene inicio en la juventud por falta de direccionamiento espiritual y emocional, tornando al adolescente un ser fisiológico, inmediatista, y no una criatura en desarrollo para las altas construcciones de la humanidad.

El joven, que desea ser, desarrolla su inteligencia emocional, aprendiendo a identificar los sentimientos de las demás personas, a dominar los impulsos perturbadores e insensatos, a mantener control sobre las emociones desordenadas, a tener serenidad para enfrentar relacionamientos tumultuados y difíciles, preservando la propia identidad. Esa inteligencia emocional depende de la constitución de su cerebro, que se modeló y se equipó de recursos compatibles con las necesidades de evolución debido a sus actos en reencarnaciones pasadas, pero que puede alterar para mejor siempre que lo desee e insista en la cultura de los valores ético-morales. Es necesario tener recursos para una existencia digna, pero es indispensable ser sobrio y equilibrado, noble y emprendedor, conociéndose interiormente y trabajándose siempre, a fin de tornarse un adulto sano y un anciano sabio.

Autorrealización del adolescente a través del amor

El amor es siempre el alimento esencial de la vida. En todos los periodos de la existencia física y espiritual de la criatura humana, constituye el estímulo y la sustentación de los objetivos ennobecedores, facultando alegría y proponiendo metas elevadas para ser alcanzadas.

En la infancia y en la adolescencia, representa el más valioso vehículo de ayuda al desarrollo del ser en formación. Su poderoso impulso da la vida significado y, en ese periodo inicial de la existencia planetaria, es responsable por el equilibrio del desarrollo emocional y vital.

Aunque se sepa que en un cuerpo joven se encuentra un Espíritu maduro o iniciante en las actividades de la evolución, en cada reencarnación o adormecimiento de sus potencialidades psíquicas y emocionales le proporciona el despertar del Dios interno que en él tiene, bien como de los inagotables recursos que proceden del Creador y deben encontrar campo para desarrollarse.

Gracias al amor presente o ausente en la infancia y en la juventud, los futuros ciudadanos responderán a los desafíos existenciales, tornándose constructores del bien o perturbadores del orden, ya que el carácter es construido con la afectividad que madura, auxiliando el área del discernimiento intelectual para lo que es correcto, dejando al margen lo que es incorrecto. Esa capacidad de distinguir lo que se debe o no hacer, es consecuencia natural de la capacidad intelecto-moral.

La mente presenta los opuestos y los define, pero el sentimiento elige aquel ideal que debe ser vivenciado. Por tanto, el amor es fuerza dinámica de la vida a servicio del equilibrio universal, y no habrá sido por otra razón que el Apóstol Juan afirmó que Dios es amor.

Cuando se ama, se adquiere comprensión de la vida y se madura, desarrollando el sentido de crecimiento fraternal y de solidaridad.

Cuando se desea ser amado solo, entonces se permanece en una infancia espiritual, con atraso psicológico en el área de la emoción, que no entiende los deberes a ser atendidos, exigiéndose derechos a los cuales no se hace merecedor.

La experiencia, por tanto, del amor, es relevante en el proceso de la evolución de todos los seres, especialmente el humano. El amor calienta el corazón y enriquece la vida, favoreciendo con una visión optimista, que transforma el desierto en jardín y el pantano en un huerto.

El adolescente sabe recibir el amor, sin embargo, por la falta natural de madurez emocional, no siempre sabe dirigirlo, incluso que sienta, debido a la dificultad de distinguir lo que se trata de sensación, de deseo sexual, de admiración y arrebatamiento, del verdadero sentimiento de afectividad sin exigencia, sin agradecimiento, sin dependencia. No es una peculiaridad solo del joven, sino de muchas criaturas que avanzaron en la franja de la misma edad, pero no salieron de la infancia emocional.

Lentamente, los sentimientos se van definiendo en el adolescente y él pasa, a través de la socialización, a percibir lo que le agrada a los sentidos y aquello que le embellece la emoción, dándole firmeza en las decisiones, interés en las definiciones y elección en los postulados que abraza, incluyendo las personas que lo rodean, que constituyen los grupos en los cuales se mueve.

Hay innúmeras motivaciones para el amor, que atraen al joven necesitado de comprensión y de paciencia, hasta el momento en que pueda definir los rumbos y actividad a desarrollar, de forma para fijar las propuestas del sentimiento en lo íntimo, sin perturbación ni ansiedad.

Los ejemplos de abnegación en la familia, de desinterés inmediato cuando se ama, de dedicación a los valores de ennoblecimiento, a los esfuerzos por la conquista de los niveles elevados de nobleza y del carácter, constituyen estímulo para el joven decidirse por la facultad de amar, en vez de hipertrofiar esos sentimientos en las bajas aspiraciones de los deseos sin freno y apasionados, que generan dificultades y esclavitud.

El adolescente tiene necesidad de ser aceptado por el grupo de compañeros, hablarle el mismo idioma, adoptar los mismos hábitos, participar de los mismos deportes, emprender las mismas marchas, compartir los mismos valores, las metas idénticas. Ese llamamiento surge naturalmente y él es impelido al medio social casi que por instinto. Si es seguro emocionalmente, tendrá facilidad de adaptación sin que sufra la influencia determinante del conjunto, pudiendo seleccionar aquello que le interesa, dejando de lado lo que se le presente como destituido de valor.

Si, todavía, se siente desamado, ignorado en el hogar, se une al nuevo clan, asumiendo una identidad desconfiada, agresiva y violenta. En otras veces, por timidez, puede evitar la socialización y apartarse, alienándose.

Cuando vitalizado por el amor de la familia, tiene facilidad de exteriorizar el mismo sentimiento, volviéndose miembro activo y de significado en el grupo, frente a la empatía que despierta y provoca en los demás. En esa fase, le surge lo que se denomina estadio operacional formal, en el cual comienza a pensar abstractamente, a formular raciocinios en torno de lo que podrá ser, en vez de solo estar como se presenta.

Surge también el peligro del egocentrismo, cuando el adolescente comienza a contestar los valores de los padres, de la familia, de la sociedad, volviéndose crítico contumaz de todo cuanto observa. Madurando, pasa para el desarrollo cognitivo, que faculta la instalación del amor, que definirá los rumbos de su identidad social y personal.

El amor lo ayuda a volverse independiente de la familia, esto es, a tener su propia visión del mundo y de los valores humanos, a conceptuar personas y regímenes, estableciendo las propias directrices de comportamiento.

Porque no se trata de un acto de rebeldía, sino de crecimiento, el amor se le desarrolla enriquecedor, permitiéndose el descubrimiento de los objetivos de la vida y los medios para alcanzarlos, en lo que se empeña con afán, atendiendo a los estímulos que le brotan del mundo interior, de las tendencias que lo acompañan desde la reencarnación anterior,

impeliéndolo para el triunfo sobre las imperfecciones que afean su conducta, en cuanto descubre los altiplanos felices del bienestar emocional, social y espiritual.

La carrera elegida pasa a adquirir una significación relevante, no importando si ella es representativa en la sociedad o no, valorizada por la dedicación a que se entrega, por comprender que es miembro activo del conjunto y no puede fallar, porque eso implicaría en una desorganización del medio donde vive.

Sentimientos antes no experimentados de ternura y de devoción brotan en el adolescente, que se siente atraído para los ideales más expresivos de la humanidad: política, religión, deportes, ciencia, tecnología, artes... Y al elegir aquel a que se va a dedicar, lo hace con ardor y motivación que lo engrandecen, y lo definen como un hombre o una mujer de bien, candidatos ambos a la renovación de la sociedad.

La decisión del adolescente por los propósitos de elevación de la sociedad crea en su grupo de compañeros una aceptación ilimitada, porque todos prefieren a aquellos que son alegres, joviales, prudentes, idealistas, que ofrezcan alguna contribución para los demás, lo que solamente el amor puede proporcionar.

Las dificultades en el relacionamiento infantil y juvenil proponen ciudadanos, en el futuro, inquietos, delincuentes, con serios disturbios en el ajuste sexual y en otras formas de comportamiento, como efecto de la falta de amor en ellos mismos y en los demás que no los entendieron convenientemente en el hogar, en la escuela, en el clan de origen, debido a su temperamento inestable y desagradable o cualquier otro motivo...

El amor, en la adolescencia, es el gran definidor de rumbos para toda la existencia y el único tesoro que auto-planifica, autorrealiza, modelando una vida saludable.

El reconocimiento del amar al prójimo en la adolescencia

El despertar del sentimiento del amor en la adolescencia es siempre enriquecedor.

Una poesía nueva toma cuenta de la existencia y todas las cosas se tornan coloridas, ofreciendo impresiones antes no percibidas, que se transforman en fuente de inspiración para las definiciones de actitudes, y proseguimiento de aquellas que ya se incorporaron a su perfil humano y a su identidad con relación a la vida.

La aceptación por el grupo social, lo imita, para permanecer desarrollando sus tendencias, que son elegidas conforme la capacidad misma de amar al prójimo y sentir cuanto podrá contribuir en favor de mejores días, y más dignas realizaciones que estén a su alcance. En ese momento, hay el descubrimiento de la necesidad del interrelacionamiento personal, escogiendo mejor los individuos con los cuales debe convivir y crecer, permitiéndose envolver por aquellos que provocan mayor empatía y se le tornan ejemplo por la riqueza de valores morales y culturales de que se hacen portadores.

El sexo experimenta más saludable orientación, dejando de ser dirigido por los impulsos del instinto, para ser imitado por el sentimiento de la afectividad.

El prójimo ya no se le presenta como extraño, el ser distante, sino la persona más cerca de él sea por el sentimiento de fraternidad, sea por el compañerismo, volviéndose miembro de su clan, cuya presencia y afectividad lo compensan emocionalmente. Bajo la motivación del amor, sus planes con relación al futuro ganan significado, y el tejido social no se le muestra más rasgado conforme ocurría antes. Al final, la vida tiene como finalidad principal contribuir en favor de la sociedad modificada para mejor, cuando las criaturas adquieren motivaciones para continuar en el desempeño de sus actividades, liberándose de los conflictos externos y de las presiones que generan desequilibrios, llevando a las masas de confusión al desespero.

Las experiencias desarrolladas en la infancia, al respecto de la cooperación, resulta de los juegos que ampliaron la capacidad de intercambiar juguetes y alimentos, se transforman en sentimientos de amor, que crecen en altruismo y solidaridad. Ese compartir, ese expresar solidaridad, exige la contribución valiosa e inestable del sacrificio personal, sin correr el riesgo de la competitividad, del conflicto, ya que proporciona la compensación de descubrirse útil, por tanto, participante del progreso que se torna inestable.

La autoestima se acentúa, en el adolescente, que descubre ser aceptado por su grupo social, particularmente por los valores íntimos de que se hace portador, por la capacidad de cooperar, de eliminar dificultades e impulsar para adelante todos aquellos que se le acercan. Esa valorización del sí se exterioriza como forma de autoconocimiento, que expande el amor, favoreciendo la auténtica fraternidad. Naturalmente surgen momentos difíciles, caracterizados por decisiones que no son ideales, pero la experiencia del error demuestra que aquella es la forma menos eficaz para la cosecha de resultados felices, lo que ayuda en la madurez de las realizaciones. Sin recelo de nuevas tentativas, se permite

ampliar el círculo de relacionamientos y contribuir de alguna forma en favor de las demás personas. Ese intento socioafectivo comienza en el hogar, donde el adolescente redescubre la familia, se vuelve a acercar a los padres, entendiendo su lenguaje y los intereses que mantuvieron en ofrecer lo mejor, no siempre por los caminos más correctos.

Aparece un valioso sentimiento de afectividad y de tolerancia para los errores de la educación, eliminando resentimientos y reservas emocionales que eran mantenidas al mismo tiempo transformándose en un motivo de contentamiento general.

De la reintegración en el conjunto de la familia se alarga en nuevas motivaciones con los colegas y amigos, en la escuela, en el trabajo, en el club de deportes y área de juegos, porque suyos son sentimientos del amor que llena.

Es característica de ese periodo no exigir ser amado, pero compensarse mientras ama, efectuando una autorrealización emocional. Su filosofía de vida lo induce al espíritu de solidaridad más amplia, cabiendo la donación de cosas y hasta incluso una cierta forma de auto-donación.

Los grandes ideales de la humanidad encontraron en los jóvenes su campo de desarrollo y de liderazgo, cuando inspirados por hombres y mujeres de pensamiento y de acción, pero que no podían conducir las propuestas como se eran necesarias. En los jóvenes, esos ideales florecieron y dieron frutos sazonados que pasaron para la posteridad como fenómenos transformadores y relevantes, que abrieron las puertas para el progreso y para el surgimiento de nuevas conductas.

Más recientemente, la revolución hippie, como reacción a las calamitosas guerras y a la hipocresía victoriana, proporcionaron a la sociedad una visión más correcta de la realidad, de las necesidades juveniles, de sus derechos, de sus inmensas posibilidades de realización y de crecimiento. Es cierto que hubo excesos, algunos de los cuales aun no fueron corregidos. Pero es natural que eso ocurra, ya que toda gran transformación social genera conflictos y daños en los momentos de los cambios, por causa del exagero de los despreocupados y precipitados. El tiempo sin embargo se encarga de proporcionar soluciones compatibles, que ofrecen nuevos desafíos y nuevas conquistas.

La conquista del amor, por el adolescente, en él desarrolla el comportamiento altruista, en el cual se destacan la empatía, el sentimiento de compartir la preocupación y el problema de su prójimo, sin que eso proporcione conflicto. Al mismo tiempo, desde el periodo infantil, el surgimiento del autocontrol se torna indispensable para el éxito del amor, a fin de que los excesos en la solidaridad no se tornen comprometedores.

Es necesario saber preservarse, de forma que pueda continuar con los valores aceptados sin el desgaste de las decepciones y choques que ocurren en el inter-relacionamiento personal, particularmente en el área de la afectividad.

La autoestima sabe seleccionar lo que hacer, como hacer y cuando realizarlo, de forma que el adolescente pueda continuar con el entusiasmo que experimenta, cuando ama, sin la exageración de la pasión sin orientación, o la frialdad de la indiferencia que resultaría la muerte del amor.

La auto-concientización que se va desarrollando desde la infancia, en esos momentos, se torna más importante, proponiendo la valorización de los atributos morales, espirituales y culturales que deben ser preservados, mientras los otros que transitan pasan a recibir la consideración normal, sin el apego que esclaviza ni el desprecio que desorienta.

Es evidente que ese proceso continuará por toda la vida, ya que las etapas de la consciencia se extienden paulatinamente en sentido ascensional y de profundidad, que el milagro del amor y del conocimiento consigue estimular para proseguir.

El gran desafío del amor en la vida, cuando solucionado, proporciona al adolescente la paz de que se deja penetrar, bien como la autorrealización que pasa a ser parte de su programa de crecimiento y de felicidad.

El perdón en el proceso de evolución del adolescente

En la transición de la adolescencia, el joven saludable es muy susceptible de cambios de comportamientos y de actitudes mentales. Raramente los resentimientos se le hacen profundos, produciendo surcos perturbadores que se transforman en conflictos para el futuro, porque todo parece acontecer con rapidez, cediendo, un hecho, lugar a otro más reciente, de esa forma, no fijándose mucho las impresiones negativas, excepto aquellas que se repiten o que le causan choque, estupor o castración psicológica. De ese modo, las ocurrencias desagradables pueden ser superadas con relativa facilidad, desde que haya substitutos para las mismas, disminuyendo las impresiones de descontento y malestar.

Formando la personalidad y definiéndose en la elección de lo que le agrada aceptar o rechazar, el perdón asume un papel de importancia en su día a día, abriéndole posibilidades para los relacionamientos felices. Hay, naturalmente, excepciones, cuando se trata de personalidades psicópatas, temperamentos inestables y vengativos, que acumulan el residuo del resentimiento en vez de reunir las experiencias positivas y sustituir aquellos otros que son de naturaleza desagradable.

El perdón a los errores ajenos representa comienzo de madurez en el joven, que se revela tolerante, comprensivo, dando a los otros el derecho de equivocarse y abriendo espacio para el auto-perdón.

Mediante esa conducta se renueva, no permaneciendo en actitud depresiva después de la constatación del error, antes disponiéndose a seguir en frente, superando la situación infeliz y recuperándose a la primera oportunidad. Con esa actitud, la vida adquiere un sabor agradable y las ocurrencias pasan a merecer la consideración productiva, aquella que suma recursos que pueden ser aplicados en favor del bien común.

Es una forma de superar los resentimientos y complejos de inferioridad, porque el adolescente se da cuenta de cuanto es importante su presencia en el mundo, por su significado existencial, por lo que puede realizar y por el propio sentido de su vida.

Cuando perdona, se despoja de ondas perturbadoras que amenazan su casa mental, ampliando la capacidad de amor sin exigencias, porque percibe que todas las personas se equivocan y son acreedoras de entendimiento, como él mismo lo es.

Eso le proporciona una empatía favorable a la existencia terrestre, que pierde las marcas agresivas que le parecían amenazar, constatando la fragilidad humana, que le cumple entender y ayudar a fortalecerse. Es ciertamente una lección preciosa para su desarrollo afectivo, emocional y social. Desde que todas las personas son dependientes unas de las otras y cometen los mismos errores con variación de escala y de agresividad, comprende el desafío que es vivir con equilibrio, intercambiando fraternidad, que constituye soporte de vitalidad.

Nadie que viaje por el rumbo de la existencia terrestre sin el apoyo de las amistades, sin el intercambio fraternal, que no caiga en una terrible alienación. De esa forma, el

perdón, como fenómeno natural entre los individuos, fascina al joven que despierta para la existencia adulta, descubriendo que la vida es enriquecedora y que errar es experiencia perfectamente natural, levantarse del error es un compromiso que no puede ser aplazado bajo pretexto alguno. Sin embargo, para que la persona reconsidere la actitud y se levante del desliz, es indispensable que le sea ofrecida la oportunidad, que se le extienda la mano amiga sin recriminación o cualquier otra exigencia. Solamente así la vida se torna digna de ser vivida con elevación.

El aprendizaje del perdón puede ser comparada con la metodología de la enseñanza, aplicada en lo cotidiano.

La persona que se dispone a aprender cualquier cosa es llevada a errar, en el comienzo, repetir la tentativa hasta que las experiencias se fijan en el inconsciente y pasen espontáneamente a la consciencia, de donde se irradian para los hábitos. Así, también, las conquistas morales, que son resultados de intentos ahora con éxitos, ahora con fracasos. El error de un momento enseña como no se debe proceder más, de esa manera adquiriéndose el automatismo para obrar con corrección.

Esa tarea educadora es reflejo del perdón que se da y de lo que se recibe. Nadie, en el mundo, que no necesite de ofrecerlo, tanto como de recibirlo. Concederlo, pues, es siempre mejor, porque expresa enriquecimiento interior y disposición de ayudar-creciendo, mientras que conseguirlo traduce equivoco que podría ser evitado. El aprendizaje, sin embargo, en cualquier circunstancia, ofrece una valiosa contribución para una existencia tranquila.

Todas las criaturas necesitan pensar profundamente en el perdón. Cuando alguien es ofendido, su agresor cae en un nivel vibratorio y la víctima prosigue en el patrón en que se encuentra. Si reacciona, devolviendo el insulto, a la agresión, igualmente, desciende a la condición de inferioridad; si permanece en tranquilidad, se mantendrá en el mismo nivel. Entretanto, cuando perdona, asciende y se localiza emocional y psíquicamente en situación mejor que su opositor. No fue por otra razón que Jesús, como Psicoterapeuta poco común, proclamó la necesidad del perdón como condición de plenitud para el ser.

El adolescente, sin comprometerse con resentimientos anteriores, abierto a las nuevas lecciones de la vida, siempre encontrará, en el acto de perdonar, una forma de realizarse, rellenando los vacíos del sentimiento y superando las constricciones de una familia-problema, un hogar difícil, circunstancias perturbadoras que pasan a dar significado diferente a su existencia, liberándose de las reminiscencias amargas y de los traumas que, por acaso, insisten por permanecer en su ser. Esa actitud de perdonar es resultado también de ejercicios. Al analizar la situación del agresor, comprendiendo que él se encuentra infeliz y exterioriza esa situación mediante la agresividad, torna más fácil la actitud de la disculpa, que se impulsa en olvidar la ofensa, perdonar sinceramente.

Se inicia en las pequeñas coyunturas desagradables que van siendo sobrepasadas sin vínculos de amargura, en la necesidad personal también de ser comprendido, y por tanto, perdonado, creando un clima de legítima fraternidad que permite al otro ser aceptado conforme se presenta, entendiendo sus dificultades de madurez y de actitud, de esa forma ayudándolo sin imponerle contratiempos por el camino.

El verdadero y compensador periodo de la adolescencia es aquel que guarda mejores recuerdos, responsables por la estructuración del carácter y de la personalidad, debiendo ser la fase en la cual ocurren las expresiones de madurez psicológica, superando al niño caprichoso que no sabe disculpar y abriendo campo para el desarrollo del individuo compasivo y fraterno, que está dispuesto a contribuir con valioso tesoro para la dignificación humana.

Cuando se ama, por tanto, el perdón es un fenómeno natural, que se exterioriza como consecuencia de la actitud abierta de aceptar al prójimo en la condición en que se presenta, pero, exigirse ser mejor cada día, y más noble en cada oportunidad que surge.

El adolescente y la religión

La religión desempeña un papel importante en la formación moral y cultural del adolescente, por propiciarle la visión de la inmortalidad, dilatándole la comprensión en torno de la realidad de la vida y de sus objetivos esenciales.

La religión es portadora de significativa contribución ética y espiritual en el desarrollo del carácter y en la afirmación de la personalidad del joven en desarrollo. A través de sus postulados básicos, el alumno en ella aspira la consciencia de si y el comienzo de la madurez de los valores significativos, que se le incorporarán, en definitiva, estableciéndole paradigmas de comportamiento para toda la existencia. Incluso cuando, en la fase adulta, por esta o aquella razón, la religión es contestada, o colocada en un plano secundario, o incluso combatida, en las bases del inconsciente permanecen sus paradigmas que, de una u otra forma, conducen al individuo en los momentos de decisión significativa o cuando necesita cambiar de rumbo, resurgiendo informaciones archivadas que contribuirán para la decisión más feliz.

El adolescente trae en si el archivo religioso, que resta de las experiencias de otras reencarnaciones, lo que lo lleva a la búsqueda de Dios y de la inmortalidad del Espíritu, de forma que, reencontrando la propuesta de la fe, la asimila con facilidad, en el inicio, gracias a sus símbolos, mitos y leyendas, del agrado de la vida infantil, después, a través de las transformaciones de los mismos, que pasan por la criba de la razón y se van a incorporar a su cotidiano, ayudando en la distinción de lo que debe realizar, así como de aquello que no le es lícito hacer, por herir los derechos de su prójimo, de la vida y la Paternidad de Dios.

Es relevante el papel de la religión en la individualidad del ser, que no permite la disociación de valores morales, culturales y espirituales, reuniéndolos en un todo armónico que le proporciona la plenitud.

En la adolescencia, los ideales están en desarrollo, abriendo campo para los postulados religiosos que, bien dirigidos, nortean con seguridad los pasos juveniles, ahorrando al iniciante en las experiencias humanas a muchos disgustos y desilusiones en las diferentes áreas del comportamiento, incluyendo aquel de naturaleza sexual.

No será por intermedio de la castración psicológica, de la prohibición, sino del esclarecimiento como de los valores reales y de los aparentes, de los significados del placer inmediato y de la felicidad legítima, futura, predisponiéndolo a la disciplina de los deseos, al equilibrio de la conducta, que resultarán en el bienestar, en la alegría espontánea sin condimentos de sensualidad y de servidumbre a los vicios.

Simultáneamente, la propuesta religiosa esclarece que el ser es portador de una destinación superior, que le cumple enfrentar, moviendo los recursos que le yacen latentes y convocándolo para la autoperfeccionamiento.

Cuando el adolescente no encuentra los paradigmas de la religión, se torna amargo e incapaz para enfrentar desafíos, huyendo con facilidad para la rebeldía o el sarcasmo,

puertas de acceso a la delincuencia y al desespero. No descartamos los males producidos por la intolerancia religiosa, por el fanatismo de algunos de sus miembros, sacerdotes y pastores, pero esos son errores humanos y no de la doctrina en si misma.

La interpretación de los contenidos religiosos sufre los conflictos y dramas personales de aquellos que los exponen, pero, en su interior, todos preconizan el amor, la solidaridad, el perdón, la humildad, la transformación moral para mejor, la caridad, que quedan al margen cuando las pasiones humanas toman posesión de las situaciones de relevo y comando, haciendo de esos individuos conductores espirituales, que pasan por los fieles, conduciéndolos con la dureza de sus estados neuróticos y frustraciones lamentables, tornando a religión una caricatura perniciosa de la misma o un instrumento de control de la conducta y de la personalidad de sus miembros.

La religión objetiva, esencialmente, conducir o reencaminar a la criatura al Creador, ayudándola a reconocer su procedencia divina, que quedó separada por la rebeldía de la propia conducta, gracias al libre albedrío, a la opción de ser feliz conforme su patrón inmediatista, vinculado al instinto, en detrimento de la sublimación de los deseos, que permitirían alcanzar la paz de consciencia.

Dirigida al adolescente, la religión marcha con él por los laberintos de las investigaciones y debe estar abierta a discutir todas las colocaciones que lo perturban o lo despiertan, de tal forma que se le torne valiosa ayuda para las decisiones libres que debe asumir, de manera para estar en paz interior.

En las frustraciones naturales, que ocurren durante el desarrollo adolescente, la religión asume un papel relevante, explicando la necesidad del enfrentamiento con los desafíos, que no siempre ocurren con éxito, al mismo tiempo explicando que la dificultad de hoy se torna victoria de mañana.

Felizmente, hoy, la visión religiosa impone que la conducta conformista debe ceder lugar al comportamiento espiritual combativo, mediante el cual el fiel se resuelve por asumir actitudes coherentes delante de las ocurrencias, en vez de aceptarlas sin discusión, lo que siempre generó conflicto en la personalidad. En ese sentido, el Espiritismo, explicando la anterioridad del Espíritu al cuerpo, su sobrevivencia a la muerte física, el mecanismo de las reencarnaciones demuestra que la lucha es el clima de la vida y nadie crece sin enfrentarla.

La resignación no significa aceptar el fracaso, el desaire de manera pasiva, sino comprenderlos, invirtiendo valores para superarlos en la próxima oportunidad. La realización, no conseguida en este momento, será realizada luego, desde que no se demore en la aceptación mórbida de la ocurrencia infeliz.

Estimulando los potenciales internos del ser, conduce a las posibilidades que pueden ser aplicadas con valor, programando y reprogramando actividades que le proporcionen la felicidad, que es la meta de la existencia terrena.

Su propuesta de salvación no se limita a la vida después de la vida, sino a la liberación de los conflictos actuales, dejando de lado el carácter redentorista de muchas doctrinas del pasado, para despertar en el joven y en todas las personas, el interés por la

autosuperación de los atavismos y de las pasiones que los mantienen encarcelados en los desajustes de la emoción.

La religión espiritista dinamiza el interés humano por su autoperfeccionamiento, trabajando su mundo íntimo, para que, consciente de sí, se eleve a los grados superiores de la existencia, sin abandonar el mundo en el cual se encuentra en proceso de renovación.

Las grandes cuestiones que aturden al pensamiento son examinadas de manera simple, a través de su filosofía optimista, impulsando al adepto para adelante, sin nostalgias del pasado, sin tormentos por el futuro.

Adentrándose por los postulados de la religión espiritista, el adolescente dispone de un arsenal valioso de informaciones para una creencia racional, que enfrenta el materialismo en su estructura, usando los mismos argumentos que la ciencia puede ofrecer, ciencia que, a su vez, es, también, la Doctrina Espiritista.

El adolescente y los fenómenos psíquicos

En la infancia, porque aun en fase complementaria de la reencarnación, el Espíritu disfruta relativa libertad, que le permite más amplio contacto con la realidad causal, aquella al respecto del mundo de donde procede. Ese lugar permanece accesible a su tránsito, y las impresiones más fuertes que de él son llevadas se exteriorizan por el cuerpo físico.

Eclosionan, entonces, en esa oportunidad, los fenómenos paranormales, proporcionando las facultades de la clarividencia y de la clariaudiencia, particularmente, y, bajo más directa inducción de los Espíritus desencarnados, otras manifestaciones de naturaleza mediúmnica propiamente dichas.

No obstante, bajo la protección de los Guías Espirituales, el niño permanece vinculado a la vida plena, tornándose instrumento dócil de comunicaciones medianímicas, incluso que, de forma inconsciente, lo que le causa, en determinadas situaciones, celos y desequilibrios comprensibles.

Considerándose, pues, su falta de estructura psicológica, porque en fase de desarrollo orgánico y psíquico, ella no debe ser encaminada para experimentaciones paranormales, encaminándose, entretanto, mediante los valiosos y oportunos recursos específicos de la oración, del agua magnetizada, de las conversaciones edificantes, como terapia propia para su franja de edad.

En el periodo de la adolescencia, pues, en pleno desarrollo de las fuerzas sexuales, la mediúmnidad se presenta pujante, necesitado de educación conveniente y directriz adecuada para ser controlada y productiva.

En el momento en que la glándula pineal libera los factores sexuales complementarios, y las demás del sistema endocrino contribuyen para el desarrollo de la libido, la primera, que era veladora de la función genésica, transformándose en una base de energía portadora de posibilidades de captación parapsíquica, que da lugar a una variada gama de manifestaciones.

Los conflictos de comportamiento del adolescente, naturales, en ese periodo, abren espacio para un amplio intercambio con los Espíritus, que se complacen en afligir y en perturbar, considerando la ignorancia de la realidad en que se demoran.

Tratándose de ser humano en progreso con un pasado para reparar, el adolescente es convidado al testimonio evolutivo, por cuyo medio se robustece en el ejercicio del bien y de las disciplinas morales, fortaleciéndose para desempeños futuros de alta importancia.

En ese estadio de capacitación intelectual, el intercambio psíquico con los desencarnados se torna más viable y fecundo, mereciendo cuidados especiales, que orienten el sensitivo para el ministerio de amor y de iluminación de él mismo, así como de su prójimo y de la sociedad como un todo. Es expresiva la relación de los adolescentes que fueron convidados a actividades misionarias a través de la

mediúmnidad, confirmando la existencia del mundo espiritual y su intercambio incesante con las criaturas humanas que habitan el mundo físico.

Juana de Arco, a los catorce años, mantuvo extensos diálogos con los Espíritus que se decían Miguel Arcángel, Catarina y Margarita, considerados santos por la Iglesia católica, que la indujeron al mando del desorganizado ejército francés para las luchas contra los ingleses, culminando con la coronación de Carlos 7º, en Reims, que la abandonaría después al propio destino de mártir...

Bernadette Soubirous, a los catorce años, en la gruta de Massabiélle, en Lourdes, en Francia, tuvo dieciocho continuos encuentros con una Entidad luminosa, que le afirmó ser María de Nazaret.

Tres niños, en la gruta de Iria, en Fátima, Portugal, igualmente mantuvieron contacto y dialogaron con otro ser espiritual, que informaban ser la misma Señora.

Catarina y Margarita Fox se volvieron instrumento de la comunicación lúcida con el mundo espiritual, en Hydesville, en los Estados Unidos, e inauguraron la Era Nueva para la comunicabilidad con los seres del más allá del túmulo.

Allan Kardec acompañó y estudió las excelentes mediumnidades de las adolescentes hermanas Baudin, de Aline Carlótti, de Japhet e de Ermance Dufaux, que contribuirían expresivamente para las incomparables páginas de ciencia, filosofía y religión que constituyen la Codificación del Espiritismo.

Florence Cook, también con catorce años, buscó el apoyo del notable físico Sir William Crookes, en Londres, para que la estudiase e investigase exhaustivamente, produciendo extraordinarias manifestaciones de ectoplasma, en las cuales se presentaba materializado el Espíritu Katie King.

Daniel Dunglas Home, desde los días años, se volvió admirable médium de efectos físicos, habiendo sido investigado largamente por eminentes científicos que autentificaron sus facultades mediúnicas, lo mismo que hicieron muchas cortes europeas por las cuales paseó su paranormalidad.

Más recientemente, muchos instrumentos mediúnicos dieron inicio a la extensión de sus facultades paranormales exuberantes, que brotaron en la infancia y alcanzaron el apogeo en el periodo de la adolescencia, tornándose verdaderos ejemplos dignos de ser seguidos, por la abnegación y edificación de los ideales del bien que realizaron y que prosiguen desarrollando.

Es perfectamente comprensible que, en esa fase de autoidentificación, el adolescente despierte para el patrimonio que en él se encuentra latente y que se exterioriza bajo el aluvión de energías poderosas, a fin de canalizarlas completamente, su perfecto equilibrio psicofísico.

Muchos fenómenos, por tanto, que ocurren en el desarrollo del adolescente, conflictos fóbicos, trastornos neuróticos y psicóticos, inseguridad, insomnio, inestabilidad sexual, más allá de las conocidas causas genéticas, psicológicas, psicosociales, también pueden tener su origen en las obsesiones, que son interferencias de Espíritus sin orientación en el comportamiento del joven, como venganza de deudas pasadas o mecanismos de

trabajo interior para el propio progreso moral. De la misma forma que el desarrollo de la adolescencia exige valiosas contribuciones a brindar esclarecimientos y terapias para bien conducir la paranormalidad, las manifestaciones mediúmnicas que son parte de la existencia y se integran en la naturaleza humana.

La mediúmnidad es facultad del alma que el cuerpo reviste de células para facultar el intercambio entre los Espíritus y las criaturas humanas, constituyendo un sexto sentido, que integrará los desafíos de naturaleza parapsicológica y mediúmnicamente con la misma naturalidad con que atiende a las demás ocurrencias del periodo de transición, trabajando interiormente para crecer moral y espiritualmente, volviendo la vida más digna de ser vivida y con un significado más profundo, que es el de la eternidad del ser.

El embarazo en la adolescencia

El embarazo en la adolescencia es uno de los grandes problemas-desafío de la actualidad, debido al número creciente de jóvenes sin preparación para la maternidad, que se deparan en situación de veras perturbadora, generando grave compromiso social.

Dominados por la curiosidad y picados por una bien urdida estimulación precoz, que faculta la promiscuidad de los relacionamientos, los adolescentes fácilmente se entregan a las experiencias sexuales sin ninguna preparación psicológica, menos aun responsabilidad de naturaleza moral.

Desconocimiento de los factores propicios de la fecundación y sin ninguna orientación cultural en torno al intercambio sexual, se permiten el trato de esa naturaleza con ansiedad y bajo conflictos, teniendo que enfrentar el gravamen de la concepción fetal. Al darse cuenta de la ocurrencia inesperada, recorren a trabajos peligrosos, a personas inescrupulosas, casi siempre interesadas en la explotación de la ignorancia, y culminan en la ejecución del crimen cobarde del aborto clandestino, con todos los riesgos resultado de esa actitud cruel.

Iniciada la desgraciada fuga, nuevas situaciones criminosas tienen lugar, porque el adolescente pierde la identidad moral y, aturdido, se deja arrastrar a nuevos intentos, cuyos resultados son siempre infelices. Cuando eso no ocurre, porque destituidos del sentimiento de amor, que los podría unir, son las futuras madres dejadas a merced de la familia o de la propia suerte, trayendo al mundo a los desamparados retoños que experimentarán la orfandad, aunque los padres desorientados permanezcan vivos.

Despertando lentamente para los sentimientos más graves, y dándose cuenta de la alucinación juvenil, ahora irreversible, esas jóvenes inmaduras y frustradas se tiran a los resbaladizos del descalabro, perdiendo el sentido de la dignidad femenina y tornándose objetos de fácil posesión, cuando no recorren a las fugas desordenadas por las drogas químicas, por el alcohol, por la prostitución destructora.

Urgen actitudes que pueden despertar a los adolescentes para la utilización del sexo con responsabilidad, en la edad adecuada, cuando haya equilibrio psicopsíquico, madurez emocional con la competente dosis de comprensión de los efectos que transcurre de las uniones de esa naturaleza. El sexo es un órgano con función específica y portador de exigencias graves en el área del deber, que aparecen como consecuencia de su uso.

Cuando utilizado con insensatez, sin la contribución de la razón, por deseos desordenados, al envolver a la pareja establece un vínculo emocional que no debe ser roto livianamente. Muchas tragedias de los sentimientos tienen inicio en las rupturas abruptas de la afectividad despertada por el interés sexual. Puede una de las personas no estar realmente interesada en la otra, no obstante, lo contrario puede no ser verdadero, y, al sentirse a solas, aquel que se encuentra abandonado pasa a experimentar tormentos y conflictos muy perturbadores, cuando no se rebela contra la función sexual, generando problemas más profundos, que irán a comprometer toda su existencia, debido a la liviandad de quien se fue, indiferente por el destino de quien quedó...

En la adolescencia, porque los intereses giran en torno de la identidad, de la sexualidad, de la afirmación de la personalidad, más allá de otros, la atracción entre los jóvenes es inestable, produciendo gran empatía y estímulos que deben ser cultivados, ya que eso es parte de la formación de su concepto de sociedad y de autorrealización. Sin embargo, es indispensables insistir en cuanto a los cuidados que deben ser tomados por los jóvenes debido a la precipitación en asumir actitudes y compromisos para los cuales no están preparados, tornándose fáciles víctimas de la imprudencia y del desconocimiento.

Bajo otro aspecto, porque los sentimientos aun no están maduros y el desconocimiento de la función sexual es total, el acto no corresponde a la expectativa ansiosa del adolescente, que se siente defraudado, temiendo nuevas experiencias, o precipitándose en otras tantas a fin de descubrir los encantamientos a que las demás personas se refieren con entusiasmo y que él no vivenció.

La educación sexual, por tanto, tiene régimen de gran urgencia, al lado de un programa de dignificación de la genésica muy barateadas por personajes atormentados, que se tornan líderes de masa juvenil, y que, huyendo de los propios conflictos perturbadores, les estimulan el uso desordenado. Otras veces, mediante caricaturas perversas, procuran influir en la conducta juvenil, masificando todos en el mismo nivel de comportamiento extraño e inquietador, dejándolos insaciables y cínicos, mientras afirman que la única función de la vida es el placer inmediato, siendo el sexo la válvula de escape para la inseguridad, la insatisfacción emocional y el fracaso de que se sienten poseídos, incluso se sientan en los tronos de los triunfos ilusorios que los medios les proporciona, sin realizarlos interiormente.

La maternidad es el momento superior de dignificación de la mujer, cuando todos los valores del sentimiento y de la razón se conjugan para el engrandecimiento de la vida. Faltando, al adolescente, experiencias y conocimiento de valores existenciales durante el embarazo, el periodo es atormentado, siendo transmitido al feto inquietudes y desasosiego, cuando no la rebeldía por la concepción no deseada.

Raramente acontece el fenómeno de la compenetración maternal, cuando se trata de Espíritu afín, que vuelve al regazo de la afectividad de manera inesperada, recomponiendo el pasado de luchas y desaires, con que ambos se encuentran en los caminos del amor: madre e hijo.

La maternidad en el adolescente es de los más tormentosos fenómenos que el sexo irresponsable produce, frente a las consecuencias que genera.

Orientar al adolescente en cuanto a los valores del sexo, ante la vida y el amor, es deber que todos los individuos se deben imponer, ayudando la mentalidad juvenil a encontrar el rumbo de seguridad para la felicidad, sin las cargas aflictivas originadas de la liviandad del periodo anterior.

El adolescente y los trastornos sexuales

En la fase del desarrollo orgánico del joven, la glándula hipofisiaria desempeña un papel preponderante a fin de que ocurra el crecimiento en la pubertad. Esa glándula se encuentra localizada en la base del cerebro, a él uniéndose por intermedio de fibras nerviosas.

Por ocasión de la madurez de las células que constituyen el hipotálamo, que es un centro nervioso regulador del equilibrio, señales específicas son dirigidas a la glándula hipofisiaria para que sean liberadas las hormonas que se encuentran inhibidas. Esa liberación produce un inmediato efecto en la mayoría de las glándulas del sistema endocrino, tales la tiroides, la epífisis, la adrenal, los testículos, los ovarios, que se encargan de producir sus hormonas, tales los andrógenos, que son masculinizantes, los estrógenos, que son feminilizantes, las progestinas, específicas para proporcionar el embarazo, que desempeñan papel fundamental en el crecimiento y en el desarrollo del sexo.

Se definen, concomitantemente, los caracteres anexos de las expresiones sexuales, completando las formas biológico-anatómicas y contribuyendo para la identidad y la psicología del adolescente.

Cargas genéticas se manifiestan y el tumulto emocional se establece, no siempre de forma armónica, dando surgimiento a los conflictos que irán a faltarle el comportamiento, generando, algunas veces, patologías graves.

Factores variados interfieren en ese momento y, gracias a la presencia de la progesterona y de otras hormonas en ambos sexos, el joven masculino puede revelar simultáneamente tendencias y elecciones por actividades femeninas, facultándole una conducta andrógina, lo mismo ocurriendo con la joven que se resuelve por deportes que exigen fuerza y habilidades comunes al hombre, o adopta profesiones de comando, de acción fuera del hogar en la competitividad del mercado de trabajo. Esa androginia ha enriquecido muchos adolescentes, ayudándolos a diseñar el futuro y conquistarlo, desde que no permitan al tejido moral y social rasgándose en los devaneos perturbadores que empujan para el homosexualismo en su forma promiscua. Por otro lado, los factores psicosociales y domésticos pueden llevar al joven a una preferencia psicológica y afectiva por otro del mismo sexo, sin que se manifiesten las tendencias para la conducta expresa en relacionamientos profundos de trato desequilibrante, que afecten su comportamiento orgánico y emocional.

La frustración materna, de la madre que anhelaba por un hijo y tuvo una niña, o viceversa, pasando a cuidar del ser en formación conforme hubiera preferido recibirlo, puede contribuir para que se instale una distonía entre la forma y la psicología del bebé, más tarde adolescente, engendrando mecanismo de fuga para la incorporación de la personalidad que le fue proyectada y no le corresponde a la forma física. En ese capítulo, aún tiene destaque la preferencia enferma de la super-madre, las actitudes de la madre castradora, del padre arbitrario o negligente, que interfieren en el desarrollo del

hijo, imprimiendo en su inconsciente imágenes falsas de la realidad, que rezuman en la adolescencia en forma de desidentificación sexual, dando lugar a conflictos, a la inseguridad en cuanto a su capacidad de relacionamiento equilibrado y estable, sin las preferencias y opciones homosexuales o bisexuales, o, aun, sadomasoquistas, o incluso patologías en general...

Profundando más la sonda en las psicogénesis del homo y del bisexualismo, el Espíritu, en si mismo, es siempre el modelador de su organización a través del cuerpo intermediario, el periespíritu, que plasmó una anatomía correctora para las indisciplinas del pasado en el área del sexo, preservando la psicología anterior, por tanto, diferente de la anatomía.

El hombre tirano y pervertido que abusó de mujeres, que las sometió a sus pasiones lúbricas y las hizo desgraciadas, por necesidades de evolución recomienza en el cuerpo con la forma femenina y las aptitudes psicológicas masculinas. De la misma manera, la mujer que vivió de la sensualidad y de la perversión, habiendo contribuido para sufrimientos en los hogares equilibrados o producido dilaceraciones en las almas, renace en el cuerpo masculino con las matrices psicológicas femeninas o en dificultades de identificación sexual... Los vemos, en la infancia, desde los primeros instantes de su desarrollo, revelando interés, usando ropas y presentando ademanes del sexo opuesto al suyo, al crecer, demostrando mayor suma de caracteres divergentes, inclusive en el área de la afectividad.

Ninguna restricción a esas manifestaciones, perfectamente naturales en el transcurso del desarrollo y conquista evolutiva, pasando por las varias expresiones de la forma orgánica en el sexo, a fin de sumar los valores y significados de uno como los de otro, anima y anitnus, yang e yin, en el proceso de formación de un ser ideal, armónico, saludable.

En la actualidad, también contribuye largamente para la opción sexual, en oposición a la propia polaridad, la bien urdida propaganda presentada por los medios, que alcanza al adolescente en indecisión o en inseguridad, dirigiéndolo para conductas homo y bisexual, u otras denominadas pervertidas que caracterizan estados psicopatológicos. Aun podríamos recorrer a la iniciación, cuando adultos perversos y enfermos violan, o desvían la atención sexual del joven en formación, empujándolo para comportamientos alienados, en flagrante violencia a su libertad de conducta.

Lamentablemente, el uso indebido y alucinante del sexo irresponsable, en cualquier expresión en la cual se presente, responde por serios disturbios que asolan al organismo social, desajustando a las criaturas que se mueven extrañas, burlescas, ridículas unas, alienadas otras, no contabilizándose aquella que huyen para la depresión, el alcoholismo, las drogas adictivas, en resultado de las distonías sexuales que no consiguen superar.

Urge crearse en el adolescente la mentalidad del amor en relación con la vida y específicamente al sexo, frente a su complejidad, a su función y finalidad, fundamentales en la existencia humana.

Procedentes de los instintos agresivos y reproductores por donde transitó, el psiquismo, en largo periodo, al humanizarse, sufre la pesada carga de los automatismos, que a la

razón cumple administrar y canalizar para los futuros cometidos de la iluminación interior.

Delante de cualquier disturbio sexual o incluso de la armónica polaridad, antes del adolescente o incluso el adulto se permitan el uso, la acción promiscua o abusiva, se pregunte al amor que hacer y como realizarlo, y el amor responderá:

-No hagas al otro lo que no te gustaría que te hiciesen a ti, ni tampoco te lo hagas a ti mismo, disfrutando hoy un placer fugaz, que resulta en un largo despertar entre daños prolongados.

El adolescente y el problema de las drogas

Entre los impedimentos para la autoidentificación, en el periodo de la adolescencia, se destaca el rechazo. Caracterizado por el abandono a que se siente relegado el joven en el hogar, ese estigma lo acompaña en la escuela, en el grupo social, en todas partes, volviéndolo amargado como infeliz.

Sintiéndose imposibilitado de autorrealizarse, el adolescente, que viene de una infancia de desprecio, huye para dentro de si mismo, rebelándose contra la vida, que es la proyección inconsciente de la familia desestructurada, contra todos, lo que es una verdadera desdicha. De ahí al desequilibrio, en la desarmonía psicológica en que se encuentra, es un paso.

Los ejemplos domésticos, derivado de padres que se habituaron a usar medicamentos bajo cualquier pretexto, especialmente Valium y Librium, como búsquedas de equilibrio, de reposo, ofrecen a los hijos estímulos negativos de resistencia para enfrentar desafíos y dificultades de toda naturaleza. Demostrando incapacidad para soportar esos problemas sin la ayuda de mecanismos químicos ingeridos, abren espacio en la mente de la prole, para que, ante dificultades, huya para el rincón de la cultura de las drogas que permanece en auge... Por otro lado, la exuberante propaganda, al respecto de los individuos que viven buscando remedios para cualquier pequeño achaque, sin el menor esfuerzo para vencerlos a través de los recursos mentales y actividades diferenciadas, produce estímulos en las mentes jóvenes para que hagan lo mismo, y se utilicen de otro tipo de drogas, aquellas que se transformarán en epidemia que dominan la sociedad y la amenaza de violencia y locura.

El alcoholismo desenfrenado, bajo el disfraz de bebidas sociales, llevando a los individuos a estados degenerativos, a perturbaciones de variada orden, se torna factor predisponente para las familias seguir el mismo ejemplo, particularmente los hijos, sin estructura de comportamiento saludable.

El tabaquismo destructor, inveterado, responde por las enfermedades graves del aparato respiratorio, creando dependencia irrefrenable, transformándose en estímulo en las mentes juveniles para el uso de tales bastones psicológicos, que son puerta de acceso a otras sustancias químicas más perturbadoras.

La utilización de la marihuana, bajo la justificativa de ser adictiva, presentada como de consecuencias suaves y sin peligro de mayores perjuicios, con mucha propiedad también denominada hierva del diablo, crea, en el organismo, estados de dependencia, que facultarán la utilización de otras sustancias más pesadas, que dan acceso a la locura, al crimen, en desesperadas deserciones de la realidad, en la búsqueda de alivio para la presión angustiante y devoradora de la paz. Todas esas drogas se tornan convites-soluciones para los jóvenes desequipados de discernimiento, que se les entregan inermes, tumbando, casi irremisiblemente, en sus vapores venenosos y destructores, que solo a mucho coste consiguen superar, después de exhaustivos tratamientos y esfuerzo hercúleo.

Los conflictos, de cualquier naturaleza, constituyen los motivos de presentación falsa para que el individuo se tire al uso y abuso de sustancias perturbadoras, hoy ampliadas con los barbitúricos, la heroína, la cocaína, el crack y otros opiáceos. Y no faltan conflictos en la criatura humana, principalmente en el joven que, más allá de los factores de perturbación referidos, sufre la presión de los compañeros y de los traficantes, que se encuentran en sus grupos sociales con el fin de seducirlos; la rebelión contra los padres, como forma de venganza y de libertad; la fuga de las presiones de la vida, que le parece insoportable; el disturbio emocional, entre los cuales se destacan los de naturaleza sexual...

La educación en el hogar y en la escuela constituye el valioso recurso psicoterapéutico preventivo con relación a todos los tipos de drogas y sustancias adictivas, desvíos comportamentales y sociales, ayudas psicológicas y otros derivados.

La estructuración psicológica del ser es su recurso de seguridad para el enfrentamiento de todos los problemas que constituyen la existencia terrena, realizándose en plenitud, en la búsqueda de los objetivos esenciales de la vida y aquellos otros que son consecuencia de los primeros. Cuando se está despierto para las finalidades existenciales que conducen a la autorrealización, a la autoidentificación, todos los problemas son enfrentados con naturalidad y paz, ya que nadie madura psicológicamente sin las luchas que fortalecen los valores aceptados y proponen nuevas metas a conquistar.

Los mecanismos de fuga por las drogas normalmente producen olvido, fugas temporales o sentimiento de mayor apreciación de la simple belleza del mundo, lo que es de duración efímera, dejando pesadas marcas en la emoción y en la conducta, en el psiquismo y en suma, haciendo desmoronar todas las construcciones de la fantasía y del desequilibrio.

Es indispensable ofrecer al joven valores que resistan a los desafíos de lo cotidiano, preparándolo para los saludables relacionamientos sociales, evitando que permanezca en aislamiento que lo llevará para las fugas, casi sin vuelta, del uso de las drogas de todo tipo, pues esas fugas son viajes para ningún lugar. Siempre se despierta de esa pesadilla con más cansancio, más tedio, más amargura y nostalgia de lo que se haya experimentado, buscando retornar a cualquier precio, destruyendo la vida bajo los aspectos más variados. Por fin, se debe considerar que la facilidad con que el joven adquiere la droga que le agrada, tal la abundancia que se encuentra a su alcance, le constituye una provocación y estímulo, con el objetivo de hacer la propia evaluación de resultados por la experiencia personal. Como si, para conocer su gravedad, el peligro de cualquier enfermedad, fuese necesario sufrirla, buscando su contaminación y dejándose infectar.

La curiosidad que elige determinados comportamientos desequilibrados ya es síntoma de surgimiento de distonía psicológica, que debe ser corregida en el comienzo, a fin de que sea liberado de mayores conflictos o de viajes señalados por perturbaciones de variada orden. En todo ese conflicto y fuga por las drogas, el amor desempeña un papel fundamental, sea en el hogar, en la escuela, en el grupo social, en el trabajo, en todas partes, para evitar o corregir su uso y el comportamiento negativo.

El amor posee el milagroso don de dar seguridad y resistencia a todos los individuos, particularmente a los jóvenes, que más necesitan de atención, de orientación y de asistencia emocional con naturalidad y ternura. Delante, por tanto, del desafío de las drogas, la terapia del amor, al lado de las demás especializadas, constituye un recurso de urgencia, que no debe ser postergado a pretexto alguno, bajo pena de agravarse el problema, tornándose irreversible y de efectos destructores.

El adolescente y el peligro del SIDA

La adolescencia es la hermosa fase de la existencia física, en la cual el sueño y la fantasía se dan las manos, en la búsqueda de lo fantástico y de lo maravilloso.

Rica de inexperiencia, el suyo es el campo de la investigación, de la vivencia y mediante esos comportamientos el joven adquiere madurez, descubre el mundo y aprende a discernir entre aquello que debe o no hacer.

Cada error le enseña a corregirse y a adquirir capacidad para el futuro acierto, desde que se encuentre lleno de ideas de legítimo interés por el aprendizaje. Sus parámetros se renuevan con mucha frecuencia, porque la ilusión de un momento se transforma en realidad en otro, así impulsándolo a nuevas tentativas. Descubriendo la propia sexualidad y la de su prójimo, la curiosidad le puebla el universo de la mente y los deseos estallan en el cuerpo en forma de ansiedad, a veces mal contenida.

No teniendo una formación ética bien consolidada, es direccionado para la iniciación vulgar, relámpago, destituida de compromiso, corriendo el riesgo de contaminarse de innúmeras enfermedades, particularmente la sífilis con todo su séquito de secuelas y el SIDA.

Evitando los mecanismos preventivos de contagio, o porque la ocurrencia se presenta precipitadamente, o en circunstancias imprevistas, se torna más vulnerable a los riesgos de las enfermedades infectocontagiosas, de entre las cuales se destaca la ahora denominada peste blanca.

Igualmente, atraído al consumo de drogas inyectables, entre tormentos y ansiedades voluminosas, participa de las sesiones colectivas, utilizándose de agujas usadas, que son portadoras de virus y se vuelve, sin percibirlo, seropositivo, abriendo campo para la decadencia orgánica futura.

Solamente la educación de los hábitos sexuales, a través de la disciplina bien dirigida, y la total abstinencia de uso de drogas de cualquier naturaleza, especialmente las inyectables, puede asegurar al individuo en general y al adolescente en particular permanecer inmune al SIDA. Ciertamente existen los casos de las transfusiones de sangre contaminado, que la negligencia de las autoridades sanitarias y médicas pueden y deben evitar, sin embargo, la ocurrencia de casos es bien menor que en aquellas antes referidas.

Incluso cuando se recomienda el uso de preservativos para las relaciones sexuales seguras, merece sea considerado que el virus de la SIDA es menor que el poro del látex, que es la materia prima esencial para la fabricación de los mecanismos preventivos. Ha habido muchos casos, en los cuales el espermatozoide ha atravesado el látex protector y ha realizado la fecundación femenina, esto porque mide cerca de tres micras, tamaño menor que los poros del preservativo.

Considerándose que el virus del SIDA es diez veces menor, que el espermatozoide, por tanto, midiendo apropiadamente 0,1 micras, las posibilidades de atravesar los poros del

látex son incontables. A las personas les gusta mucho experimentar regímenes de excepción y es muy común aseverar que determinadas ocurrencias negativas no les acontecen, como si su liviandad las inmunizase contra las consecuencias desastrosas de la insensatez. De la misma forma piensan, muchos adolescentes, que se entregan a riesgos innecesarios, confiando en la buena fortuna o en la Ada madrina, que los irían a proteger incluso sin ningún merecimiento por parte de ellos.

Cualquier factor degenerativo, que transcurra de una contaminación microbiana o vírica, alcanza a todas las criaturas humanas, no habiendo personas inmunes a tal hecho.

Los científicos detectaron poquísimos individuos que no se contaminaron con el virus VIH, a pesar las relaciones promiscuas que se han permitido en el área del sexo, y los estudian, buscando respuestas para el hecho, cuyas razones deben encontrarse en la estructura orgánica a través de resistencias específicas. De la rareza del acontecimiento a la normalidad, mide, sin embargo, una distancia infinita, que no puede ser ignorada.

Cuando el individuo se permite permisos morales, no solo sus defensas orgánicas entran en desequilibrio, sino también aquellas que proceden del Espíritu a través del psiquismo, fuente generadora de la vida.

El hábito enfermo de la permisividad produce encimas psíquicas que agreden al sistema inmunológico y desarticulan las defensas del cuerpo. Además, somos parte del grupo de estudiosos que creemos que tienen las células, un tipo de conciencia embrionaria individual, que merece respeto, mediante cuyo intercambio se obtiene la de naturaleza global, aquella que es expresa por las experiencias del ser espiritual. Así siendo, toda vez que la mente desavisada o viciosa planea actividades perturbadoras y vulgares, agrede a la conciencia de equilibrio con diversas células, que pasan a funcionar irregularmente, dando inicio al campo receptivo para las infecciones, las contaminaciones.

Ese acontecimiento podría ser entonces considerado de la siguiente forma: no son los microorganismos destructivos que producen las enfermedades en el ser humano, sino el psiquismo en deterioro, que abre campo vibratorio para que los invasores se instalen y desarrollen los procesos de enfermedades. A partir del momento en que se reconsideran actitudes y líneas de pensamiento, se contribuye definitivamente para cambios de campo propicios a la recomposición de la salud, al tiempo en que las sustancias medicamentosas producirán los efectos deseados por una mejor receptividad celular.

La mente y el comportamiento están asociados a los complejos mecanismos de la salud y de la enfermedad, contribuyendo de forma eficaz para la instalación de una o de otra. En el caso del adolescente, debido a su inmadurez y de la falta de reflexión mental en lo cotidiano, el problema de las infecciones es mucho más perturbador, ya que, al detectar cualquier proceso en instalación, el miedo lo asalta, pasando a contribuir psíquicamente para su ampliación.

Una conducta saludable, que resulta de pensamiento edificantes y equilibrados, constituye el mejor camino para una existencia juvenil feliz, sin los riesgos de los desequilibrios emocionales ni de las enfermedades degenerativas, particularmente del SIDA, cuya cura aún se encuentra algo distante de ser conseguida, aun las noticias favorables que aparecen a cada momento.

Vida, por tanto, saludable, en cualquier periodo de la existencia, particularmente en el adolescente, es la receta para la felicidad.

El adolescente y el suicidio

No consiguiendo la autoidentificación mediante el proceso de educación a que se encuentra sometido, o portador de un disturbio psicótico maniaco-depresivo que no consiguió superar, o experimentando frustraciones derivado de conflictos íntimos, el adolescente inmaduro opta por la solución adversa del suicidio.

Sin estructura emocional para enfrentar los imperativos psicosociales, o incluso los desafíos de los relacionamientos interpersonales, o aturdido por las secuelas de las drogas adictivas, o empujado al plano secundario en el hogar, el adolescente parece no encontrar camino que deba ser recorrido, cayendo en el suicidio infame, de consecuencias, infelizmente imprevisibles y aterradoras.

Ignorando la realidad de la vida en su magnitud y profundidad, procura solucionar los problemas normales, pertinentes a su crecimiento, de la manera más absurda, que es la búsqueda de la muerte, en cuyo campo resurge vivo, ahora bajo la carga insoportable de la situación elegida para huir, del combate, que lo elevaría al estadio superior de conocimiento y de autorrealización.

La existencia corporal es enriquecedora, exactamente por ser constituida de ocurrencias, a veces antagónicas, que aparentemente se chocan, cuando en realidad se completan, como es la alegría y la tristeza, la salud y la enfermedad, el éxito y el fracaso, la conquista y la pérdida, el bien y el mal, que se armonizan en fascinantes mosaicos de experiencias, resultando en vivencias positivas por el proceso de atravesar y conocer las diferentes áreas del mecanismo de la evolución.

Si no hubiese esos fenómenos dispares, ningún sentido existiría en la metodología del conocimiento, por faltar la participación activa en los acontecimientos que hacen lo cotidiano.

La desinformación al respecto de la inmortalidad del ser y de la reencarnación responde por la correría alucinada en la búsqueda del suicidio, con la propuesta de encontrar en él la solución para las dificultades que son ampliación de progreso, sin las cuales se permanecería estacionado en el nivel en que se transita. Y esa falta de esclarecimiento es mayor en el periodo infante-juvenil como comprensible, facultando la fuga hedionda de la existencia carnal, yendo para la tragedia de la continuación de la experiencia que se deseó abandonar, ahora empeorada por los efectos trágicos de la acción infeliz, que aumenta el peso del problema, exactamente por causa del alucinado y cobarde gesto de fuga.

El ser humano está destinado a la gloria estelar, que deberá conquistar a esfuerzo personal, venciendo cada escalón que lo lleva a las alturas con esfuerzo propio, mediante lo cual se perfecciona y consigue superarse. Toda ascensión provoca reacciones compatibles con el estadio que se alcanza, exigiendo renovación de fuerzas, ampliación de resistencia para conseguir las cimas anheladas. Es natural, por tanto, que surjan impedimentos que se presentan como pruebas de valoración, que seleccionan aquellos que se encuentran más bien dotados y fortalecidos para el éxito.

Desistir es perjuicio en la economía de la autorrealización y fuga es desastre en el emprendimiento de la evolución, que nadie consigue sin grandes perjuicios.

En el periodo de infancia y de adolescencia, el ser forma el carácter bajo las herencias de las reencarnaciones anteriores, que se expresan, no siempre de forma feliz, produciendo, a veces, choques y dolores que deben ser atenuados, canalizados por la educación, por los ejercicios moralizadores, hasta que se fijen las disposiciones definidoras del rumbo feliz. Nunca, pues, el camino se hará sin dificultad, sin tropiezos, sin esfuerzo. Quien alcanza una gloria sin lucha, no es digno de ella.

El suicidio brutal, violento, es crueldad para con el propio ser. Sin embargo, hay también el indirecto, que ocurre por el desgaste de las fuerzas morales y emocionales, de las resistencias físicas en el juego de las pasiones que corrompen, en la ingestión de alimentos en exceso, de bebidas alcohólicas, de humo pernicioso, de las drogas adictivas, de las reacciones emocionales rebeldes y agresivas, del comportamiento mental extravagante, del sexo en uso exagerado, que generan sobrecargas destructivas en los equipamientos físicos, psicológicos y psíquicos...

El materialismo, que infelizmente se propaga, sin ningún disfraz, en la sociedad, que se presenta en grupos religiosos, salvados las naturales excepciones, coloca sus premisas en el comportamiento de las personas y las impulsa para la conquista hedionda, para el gozo material exclusivo, empujando a sus víctimas para las huidas alucinantes, cuando los propósitos anhelados no se hacen coronar por los resultados esperados.

El adolescente, viviendo en ese clima de luchas acerbadas y no habiendo recibido una base moral de sustentación segura, en la vida física ve solamente la superficialidad, el placer mentiroso, la ilusión que comandan los comportamientos de todos, en terribles campeonatos de locura.

Desfilan los líderes de la aberración en los carros del triunfo engañoso, y muchos de ellos, no soportando la corona pesada que los doblega, son tragados por la sobredosis de las drogas del desespero, que los retira del cuerpo más enloquecidos y atónitos de como antes se encontraban. En otros casos, son consumidos por la virosis irreversible, especialmente por el Síndrome de inmunodeficiencia adquirida, que los agota y consume poco a poco, tornándolos fantasmas despreciables y confusos para aquellos mismos que antes los respetaban, imitaban y buscaban su convivencia a peso de oro y de mil humillaciones.

El adolescente, cuya formación padece constantes alteraciones de comportamiento, necesitando de apoyo y de directriz emocional, deseando vivir experiencias adultas, sin bases psicológicas de seguridad, naufraga, sin fuerzas, arrastrado por las poderosas corrientes de los grupos sociales, en los cuales transita, grupos esos, casi siempre, constituidos por enfermos y desestructurados como él mismo.

Cuando el hogar se torna escuela de verdadera educación, y la escuela se transforma en hogar de formación moral y cultural, la realidad del Espíritu será parte de sus programaciones éticas, sin el carácter impositivo de doctrina religiosa compulsivo-obsesiva, pero con la condición de disciplina educativo-moralizadora que es, de la cual nadie se podrá evadir o simplemente ignorar, entonces el suicidio en la adolescencia

cederá lugar a la resistencia espiritual para enfrentar las vicisitudes y los desafíos, mediante madurez íntima y comprensión de los valores éticos que constituyen la vida.

A través de una visión correcta sobre la realidad del ser, de su destino, de sus objetivos en la Tierra, el adolescente aprenderá a esperar, sembrando y cuidando de la gleba en la cual prepara el futuro, a fin de recoger los frutos especiales en el momento propio, frutos esos que no pueden llegarle antes de tiempo.

Descartándose los impulsos autodestructivos, que resultan de psicopatologías graves, pero que también pueden ser debidamente tratadas, las ocurrencias que llevan al suicidio en la adolescencia serán sanadas, y se alterará el paisaje emocional del joven, a fin de que él desarrolle su proceso reencarnatorio en paz y esperanza, ganando conocimientos, adquiriendo sabiduría y construyendo el mundo nuevo en el cual el amor predominará, la infancia y la juventud recibirán los cuidados que merecen en su condición de perennes herederos del futuro.

Fin